Q.972.082
F66se
1986

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
STACKS

CENTRAL CIRCULATION BOOKSTACKS

The person charging this material is responsible for its renewal or its return to the library from which it was borrowed on or before the **Latest Date** stamped below. **The Minimum Fee for each Lost Book is $50.00.**

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

TO RENEW CALL TELEPHONE CENTER, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

JUL 12 1984

AUG 08 1994

MAY 30 2007

When renewing by phone, write new due date below previous due date.

L162

RICARDO FLORES MAGON

VIDA Y OBRAS

SEMBRANDO IDEAS

TOMO UNICO

(IV de la Serie.)

PQ
7297
.F5554

Q. 972.082
F66 se
1986

COMPAÑERO:

Si deseas conocer las últimas produc-
ciones de los escritores revolucionarios
más prestigiados y floridos, dirígete al
- - - Grupo Cultural - - -
"RICARDO FLORES MAGON."
Apartado Postal 1563, México, D. F.,
- y serás atendido inmediatamente. -

(2)

SEMBRANDO IDEAS

TULANE
UNIVERSITY
LIBRARY

SEMBRANDO IDEAS

(HISTORIETAS
RELACIONADAS CON LAS CONDICIONES SOCIALES DE MEXICO)

TOMO UNICO

(4ª DE LA SERIE)

1925

EDICIONES DEL GRUPO CULTURAL "RICARDO FLORES MAGON
APARTADO POSTAL NUM. 1563
MEXICO, D. F.

PQ
1297
.F5594

#4738977

UNA HERMOSA SEMILLA DEL SEMBRADOR DE IDEALES

(Traducción del inglés.)

Penitenciaría Federal. Leavenworth, Kansas, 2 de mayo de 1922.—Señorita Irene Benton.—Granada, Minnesota.

Mi querida camarada:

¿No es una vergüenza dejar sin contestación una carta tuya desde el 10 del mes último? Pero no soy libre, mi querida amiga, de escribir más de tres cartas a la semana. Tú sabes esto, y espero que disimularás mi aparente negligencia.

Tu carta, tan perfectamente bien calculada para difundir algún calor en mi alma adolorida, tuvo éxito en su generosa misión, y especialmente la última parte de ella, en la que dices que tu querida madre te habla de mí, tocó las más delicadas fibras de mi corazón, me conmovió hasta derramar lágrimas, porque pensé en mi propia madre, muerta hace tantos años. ¡Hace 21 años! Estaba yo en la prisión en ese tiempo, castigado por haber denunciado la tiranía sangrienta de Porfirio Díaz, y, por lo tanto, no pude estar al lado de su lecho, no pude darle mi último beso, ni pude oír sus últimas palabras. Esto pasó en la ciudad de México el 14 de junio de 1900, unos tres años antes de mi venida a este país como refugiado político que busca la libertad.

Muchas gracias a ti y a tu querida madre por sus simpatías hacia mí, expresadas en tu hermosa carta.

Tu relación de la obra realizada ya en los campos y de la que está en preparación, es de lo más interesante, pues no puedes imaginarte cuánto amo el campo, las selvas, las montañas. "Los hombres—dices—han estado ocupados en los campos preparando el terreno para recibir la semilla. ¡Qué mundo de emociones y pensamientos promueven esas pocas palabras en mi sér, porque yo también he sido un sembrador, aunque sembrador de ideales...!, y he sentido lo que el sembrador de semillas siente, y la semejanza de emociones me incita a llamarle mi hermano y cooperador. El deposita sus semillas en las generosas entrañas de la tierra, y yo confío las mías en los cerebros de mis semejantes, y ambos esperamos.... y las agonías que él sufre en su espera son mis agonías. La más pequeña muestra de mala suerte oprime nuestro corazón, deteniendo la respiración, espera que la rotura de la costra de la tierra le anuncie que la semilla ha brotado, y yo, con mi corazón comprimido, espero la palabra, la acción, el gesto que indique la germinación de la semilla en un cerebro fértil... La única diferencia entre el sembrador de semillas y el sembrador de ideales reside en el tiempo y la manera de trabajar; pues mientras que el primero tiene la noche para descansar y aflojar la tensión de sus miembros, y además espera hasta que la estación sea favorable para su siembra y solamente planta en donde el suelo es generoso, el último no tiene noches ni estaciones, todas las tierras merecen sus atenciones y trabajos; siembra en la primavera como en el verano, en el día y en la noche, en la noche y en el día; en todos los climas, bajo todos los cielos y cualquiera que pueda ser la calidad del cerebro; sin tener en cuenta el tiempo... Aunque el rayo truene en las alturas, en donde reside el árbitro de los destinos humanos.

El sembrador de ideales no detiene su obra, continúa hacia un futuro que mira con los ojos del espíritu, sembrando, siempre sembrando. Puños muy apretados pueden agitarse amenazadoramente, y todo a su alderredor puede temblar y llegar a arder en el odio que se desprende de aquellos cuyos intereses se benefician, dejando sin cultivo los cerebros de las masas....... El sembrador de ideales no retrocede, el sembrador de ideales continúa sembrando, siempre sembrando.... lejos y cerca, aquí y allá, bajo cielos lívidos iluminados por un sol amarillo que, proyectando sus lúgubres siluetas contra ceñudos horizontes, que hacen presentir cadalzos sobre el suelo, que agitan sus siniestros brazos como antenas de monstruosas criaturas engendradas por la fiebre o alimentadas por la locura, mientras enormes puertas negras de hierro bostezan somnolientas por su carne y su alma..... El sembrador no retrocede, el sembrador continúa siempre sembrando, y ésta ha sido su tarea desde tiempo inmemorial, ésta ha sido su suerte, aun desde antes de que la raza emergiese dignificada y erecta de la selva bravía, en donde su infancia transcurrió cerca de los otros cuadrumanos y con el resto de la fauna de los cuadrúpedos, porque el sembrador de ideales ha tenido siempre una misión de combate, pero serena y majestuosamente; con un amplio movimiento de brazos, tan amplio que parece trazar en el aire hostil la órbita del sol, constantemente siembra la semilla que hace avanzar la humanidad, aunque con grandes tropiezos, hacia ese futuro que él mira con los ojos del espíritu.....

¡Tu carta es tan tierna...! ¡oh, mi querida camarada!; eres tan delicada como tu madre. Sí, tu simpatía me calma, me hace mucho bien; gracias un millón de veces. Los recortes son muy interesantes y las pinturas muy simpáticas. Ahora, ¡adiós!

Dí a Rivera tu recado; está muy agradecido. Tuyo fraternalmente.

Ricardo FLORES MAGON.

A MANERA DE PROLOGO

LA MUERTE
DE RICARDO FLORES MAGON

(Traducción del inglés.)

Ricardo Flores Magón ha muerto. Generalmente la noticia de una muerte me afecta poco, pero en este caso ha sucedido lo contrario. No es porque, después de largos años de prisión y destierro, este indomable luchador por la libertad haya muerto en la cárcel. Me domina un sentimiento más grande aún que la piedad o que el afecto personal. Por razones que no puedo analizar, esta muerte me parece como el resumen de un período, y hace nacer, en mí, ideas y sentimientos que encuentro difícil expresar con palabras. Tengo la sensación de que una fuerza, que era esencial, ha dejado de obrar.

Me parece que todos aquellos que estuvieron en relación íntima con Ricardo Flores Magón sentirán lo mismo que yo. Alguna cosa puso en él su sello especial; no importan las condiciones en las cuales se encontrara: permaneció siempre siendo alguien, una fuerza que debía ser reconocida, una personalidad que no podía ser ignorada. Aun los empleados de la Corte de Justicia y de la penitenciaría, cuyos instintos naturales eran considerarlo solamente como un violador de la ley, me parecieron, cuando discutí con ellos el asunto, plenamente conscientes de ese hecho.

Creo que eso fue, porque el hombre era tan intensamente sincero, tan firme en sus convicciones, que cualquiera otro podría ser domado, reducido al silencio, pero él tenía que hablar: tan firme así era su determinación de jugar su parte en esta gran lucha por la destrucción de la esclavitud humana, la cual

él, personalmente, debía combatir y combatió hasta el último momento. Odiaba la opresión, cualquiera que fuese, ya al Gobierno o al monopolio de la tierra, ya la superstición religiosa o las altas finanzas.

Como mexicano, sabía cómo ésta había arruinado la vida de su propio pueblo; como anarquista, comprendía que ésta era la suerte de los desheredados, de todos aquellos que habían consentido en ser reducidos a la impotencia en todo el mundo.

En la mayor parte de nosotros surge a intervalos una justa indignación; pero Magón me parecía un volcán que nunca dormía.

Si mal no recuerdo, fué en San Luis Potosí, hace unos treinta años, donde Ricardo Flores Magón, entonces un joven periodista, obtuvo la prominencia. Propiamente dicho, llegó á ella de un salto: el Partido Liberal estaba en convención, y, de acuerdo con sus tradiciones, estaba dirigiendo todas sus denuncias sobre la iglesia católica; Ricardo, según la versión que ha llegado hasta mí, literalmente aplastó a la convención con un discurso en el cual atacaba a Porfirio Díaz, omnipotente dictador de México, como el hombre que estaba vendiendo México a Wall Street, y era, por consiguiente, el verdadero origen de todos los males del país.

Lo especial del caso, en realidad, consistía en que, en aquella época, los ataques contra la Iglesia eran populares y seguros, mientras que un ataque a Díaz no tenía precedentes y estaba lleno de peligros. Esto trajo a Ricardo la amistad de Librado Rivera, quien de allí en adelante participó de su destino y ahora le sobrevive en la penitenciaría de Leavenworth; pero los convirtió a él, a su hermano Enrique y a Librado, en el blanco de la rabia del dictador Díaz. El trío, sin embargo, inició y apresuró con gran actividad una agitación en el sentido indicado, hasta que después de varios encarcelamientos comprendieron que ya no podían vivir más en México y emigraron a los Estados Unidos. Encendieron la mecha. Con gran atrevimiento habían comenzado el movimiento económico que posteriormente arrojó a Díaz al destierro. Como veo las cosas, el motor de los motores es siempre el hom-

bre verdadero; pero el camino que él abre lo conduce siempre a la cruz.

Estoy enteramente seguro de que Ricardo Flores Magón previó esto con toda claridad, porque en sus conversaciones lo aceptaba estoicamente como el precio que debía pagarse. Con demasiada frecuencia se dejaba dominar en alto grado por sus simpatías o por sus antipatías, y muy rara vez podía encontrar una virtud en sus adversarios, pero en problemas fundamentales lo encontré siempre justo, porque él nunca quería abandonar los hechos fundamentales. Repetidas veces consideré sus condenas como injustas, pero observé frecuentemente que los hombres que había criticado se convirtieron, al correr del tiempo, en los *políticos* que Magón habría predicho. Era el luchador más agresivo y más positivo, y lograba amigos y enemigos por centenares.

Yo me interesé por los Magón leyendo el "México Bárbaro" de John Kenneth Turner; pero fueron sus odios apasionados hacia un sistema social que parece capaz de pensar únicamente en el dólar lo que me condujo abiertamente hacia ellos. Desde hace muchos años, mi más firme convicción ha sido que el culto por el becerro de oro es lo más innoble de todas las adoraciones y la más grande de las barreras que tiene la marcha ascendente que la humanidad está obligada a efectuar, en razón de las conquistas intelectuales de los siglos recientes. He encontrado muchos hombres y mujeres que comparten este juicio; pero jamás ninguno que estuviese tan saturado de él como los Magón. Creo que Ricardo estaba completamente persuadido que la peor suerte para México sería caer bajo el yugo de Wall Street. El gran hecho que él veía, era que toda la humanidad estaba siendo atada á las ruedas del carro del poder del Dinero, brutalmente triunfante y que debía libertarse ella misma o perecer. Yo mismo conservo esa creencia. Mi estudio de la revolución de México y mi contemplación del modo como la plutocracia de allí había sacado de México todo lo que era de valor, convirtieron ideas que anteriormente eran vagas y teóricas, en una convicción inconmovible.

Ricardo Flores Magón fué uno de los escritores más poderosos que produjo la Revolución. Exceptuando la ocasión en que se dejó atraer a polémicas deplorables, no malgastó su tiempo en pequeñeces; tocaba invariablemente las cuerdas mayores y con extraordinaria firmeza. En todo el curso de su obra hacía llamamiento a las emociones más altas y, por consiguiente, más poderosas, a lo heroico; pedía mucho a los hombres. Dudo que haya tenido conocimiento de los escritos de Nietzsche, pero me parecía otro Nietzsche, aunque democrático. Sin embargo, en tales caracteres había siempre un esfuerzo paralelo: ambos insisten en lo mejor, en la realización de su ideal en toda su plenitud, y para esa realización ningún sacrificio les parecía demasiado grande.

No tengo el deseo de escribir una biografía ni un elogio, y me limito a unas cuantas reminiscencias personales que pueden dar conocimiento profundo del hombre. Recuerdo que, habiendo sido prevenido que se le perseguía tenazmente, se rehusó a refugiarse en un lugar seguro, *"porque se desorganizaría el movimiento."* Cuando, después de muchos meses, lo tuvimos fuera de la cárcel, bajo caución, se dirigió directamente a las oficinas de "Regeneración" y antes de una hora estaba trabajando, una vez más, en la enorme correspondencia, a la cual dedicaba ocho horas del día; nunca encontré un propagandista tan activo como él, exceptuando quizás a su hermano Enrique. Vivía pobremente, y hasta donde pude saberlo, no tenía vicios. Ciertamente no tenía tiempo para ellos.

En mi primera visita a las oficinas de "Regeneración" observé una gran caja de empaque, y supe que contenía solamente ejemplares de "La Conquista del Pan," de Kropotkine, destinados a México. Por muchos años prosiguieron estos hombres tal obra de zapa con infinita tenacidad y con grandes sacrificios para sus cortísimos recursos personales. Su gran idea fué el desarrollo de personalidades revolucionarias. Tenían gran admiración por Kropotkine, que en mi opinión era muy justa.

Cuando sustituí a John Kenneth Turner como editor de la sección inglesa de "Regeneración," su circu-

lación era como de 27,000 ejemplares, y el periódico debía ganar dinero; pero todo se gastaba en propaganda. Teníamos entre 600 y 700 periódicos en nuestras listas de canje y obteníamos muchas noticias del Mundo latino. Nuestra gran aspiración era la unificación de la opinión latina en México, y en Centro y Sudamérica, contra la invasión de la plutocracia, y la creación en los Estados Unidos de un sentimiento bastante fuerte para mantener en jaque la perpetua amenaza de la intervención.

Creo que Ricardo consideraba esto último como la principal tarea de "Regeneración" y que, a causa de esto, se oponía al traslado del periódico a México, que en cierta ocasión pedía yo urgentemente.

En el libro "El Verdadero México," Mr. Hamilton Fife, ahora editor del "Daily Herald," pero entonces corresponsal viajero muy notable, trata de la inesperada caída de Porfirio Díaz, reconocido por los Estados Unidos como una potencia de primer orden, con un gran ejército a su retaguardia. Mr. Fife observa que Díaz olvidó un importante factor: un caballero llamado Ricardo Flores Magón. Yo he mirado siempre esta observación como correcta, y he considerado a los Magón como los hombres que realmente pusieron en movimiento las fuerzas que definitivamente arrojaron a Díaz al destierro. Lo consideré un gran éxito y un verdadero suceso de los que hacen época.

Díaz fué el hombre que, como dijo William Archer, había vendido a su país por una bagatela y con el descuido de un niño que hace burbujas de jabón. Su destronamiento fué el primer fracaso que la plutocracia del Norte encontró en su marcha hacia el Sur.

Cuando Madero sucedió a Díaz como Presidente, nombró al hermano de Magón, Jesús, Secretario de Estado; fué entonces, según mis noticias, cuando Jesús hizo repetidos esfuerzos para inducir a Ricardo y a Enrique a regresar a México, asegurándoles completa seguridad y rápido mejoramiento en su posición. Estaban pobres, habían estado sujetos a repetidas persecuciones y encarcelamientos, como trastornadores inconvenientes de la paz plutocrática; y, a pesar de todo, rehusaron decididamente los ofrecimientos de

su hermano. Eso siempre me pareció revelador. Puede ser difícil, y quizás imposible para nosotros, comprender las maniobras del pensamiento mexicano y los métodos de hombres que tienen en sí tanta sangre india; pero lo que hay en el fondo y no puede negarse, es que estos hombres—Ricardo y Enrique Flores Magón y Librado Rivera, quien sigue todavía en la prisión de Leavenworth— eran fanáticamente leales a sus convicciones anarquistas.

Pues bien, Ricardo Flores Magón ha muerto, y seguramente, después de una vida de actividad febril, duerme tranquilo; ni alabanza ni crítica pueden afectarlo ahora. Murió en la penitenciaría de Leavenworth cuando había cumplido cinco años de la feroz sentencia de veinte que le fué impuesta por haber escrito artículos que perjudicaban el reclutamiento. Estuvo sufriendo por algunos años de diabetes, y durante sus últimos días perdió completamente la vista. Pudo haber comprado su libertad confesando su arrepentimiento; pero esa confesión era imposible para naturalezas como la suya. En los meses pasados, los trabajadores organizados de México habían estado agitando por la libertad de Ricardo, y, al saberse su muerte, el Parlamento de la Capital ordenó que se enlutara la tribuna.

El Gobierno pidió la entrega de sus restos, á los cuales quería dar sepultura digna del que en su vida fué un incesante luchador por la causa de la emancipación que las masas de México, en común con las del mundo entero, tienen todavía que ganar; pero sus camaradas han respetado sus principios y declinado los funerales por el Gobierno.

Esperamos que, inspirados por el ejemplo de este indomable luchador, el pueblo de los Estados Unidos pueda erguirse y pedir la libertad de los muchos presos políticos, mártires de su conciencia que ahora se pudren en las galeras de ese país. Tal hazaña sería el más apropiado monumento a la vida y a la memoria de Ricardo Flores Magón.

William C. OWEN.

(De "Freedom," Londres, diciembre de 1922.)

EL APOSTOL

Atravesando campos, recorriendo carreteras, por sobre los espinos, por entre los guijarros, la boca seca por la sed devoradora, así va el Delegado Revolucionario en su empresa de catequismo, bajo el sol, que parece vengarse de su atrevimiento arrojando sobre él sus saetas de fuego; pero el Delegado no se detiene, no quiere perder un minuto. De alguna que otra casuca salen, a perseguirlo, perros canijos, tan hostiles como los miserables habitantes de las casucas, que ríen estúpidamente al paso del apóstol de la buena nueva.

El Delegado avanza; quiere llegar a aquel grupo de casitas simpáticas que relucen en la falda de la alta montaña, donde—se le ha dicho—hay compañeros. El calor del sol se hace insoportable; el hambre y la sed lo debilitan tanto como la fatigosa caminata; pero en su cerebro lúcido la idea se conserva fresca, límpida como el agua de la montaña, bella como una flor sobre la cual no puede caer la amenaza del tirano. Así es la idea: inmune a la opresión.

El Delegado marcha, marcha. Los campos yermos le oprimen el corazón. ¡Cuántas familias vivirían en la abundancia si esas tierras no estuvieran en poder de unos cuantos ambiciosos! El Delegado sigue su camino; una víbora suena su cascabel bajo un matorro polvoriento; los grillos llenan de rumores estridentes el caldeado ambiente; una vaca muge a lo lejos.

Por fin llega el Delegado al villorrio, donde—se le ha dicho—hay compañeros. Los perros, alarmados, le ladran. Por las puertas de las casitas asoman rostros indiferentes. Bajo un portal hay un grupo de hombres y de mujeres. El apóstol se acerca; los hom-

bres fruncen las cejas; las mujeres le ven con desconfianza.

—Buenas tardes, compañeros, dice el Delegado.

Los del grupo se miran unos a los otros. Nadie contesta el saludo. El apóstol no se da por vencido y vuelve a decir:

—Compañeros, vengo a daros una buena noticia: la Revolución ha estallado.

Nadie le responde; nadie despega los labios; pero vuelven a mirarse unos a los otros, los ojos tratando de salirse de sus órbitas.

—Compañeros, continúa el propagandista, la tiranía se bambolea; hombres enérgicos han empuñado las armas para derribarla, y sólo se espera que todos, todos sin excepción, ayuden de cualquier manera a los que luchan por la libertad y la justicia.

Las mujeres bostezan; los hombres se rascan la cabeza; una gallina pasa por entre el grupo, perseguida por un gallo.

—Compañeros—continúa el infatigable propagandista de la buena nueva—, la libertad requiere sacrificios; vuestra vida es dura; no tenéis satisfacciones; el porvenir de vuestros hijos es incierto. ¿Por qué os mostráis indiferentes ante la abnegación de los que se han lanzado a la lucha para conquistar vuestra dicha, para haceros libres, para que vuestros hijitos sean más dichosos que vosotros? Ayudad, ayudad como podáis; dedicad una parte de vuestros salarios al fomento de la Revolución, o empuñad las armas si así lo preferís; pero haced algo por la causa; propagad siquiera los ideales de la gran insurrección.

El Delegado hizo una pausa. Un águila pasó meciéndose en la limpia atmósfera, como si hubiera sido el símbolo del pensamiento de aquel hombre que, andando entre los cerdos humanos, se conservaba muy alto, muy puro, muy blanco.

Las moscas, zumbando, entraban y salían de la boca de un viejo que dormitaba. Los hombres, visiblemente contrariados, iban desfilando de uno en uno; las mujeres se habían marchado todas. Por fin se quedó solo el Delegado en presencia del viejo que dormía su borrachera y de un perro que lanzaba furiosas ta-

rascadas a las moscas que chupaban su sarna. Ni un centavo había salido de aquellos sórdidos bolsillos, ni un trago de agua se había ofrecido a aquel hombre firmísimo, que, lanzando una mirada compasiva a aquella madriguera del egoísmo y de la estupidez, encaminóse hacia otra casita. Al pasar frente a una taberna pudo ver a aquellos miserables con quienes había hablado, apurando sendos vasos de vino, dando al burgués lo que no quisieron dar a la Revolución, remachando sus cadenas, condenando a la esclavitud y a la vergüenza sus pequeños hijos, con su indiferencia y con su egoísmo.

La noticia de la llegada del apóstol se había ya extendido por todo el pueblo, y, prevenidos los habitantes, cerraban las puertas de sus casas al acercarse el Delegado. Entretanto un hombre, que por su traza debería ser un trabajador, llegaba jadeante a las puertas de la oficina de policía.

—Señor, dijo el hombre al jefe de los esbirros, ¿cuánto da usted por la entrega de un revolucionario?

—Veinte reales, dijo el esbirro.

El trato fué cerrado; Judas ha rebajado la tarifa. Momentos después un hombre, amarrado codo con codo, era llevado a la cárcel a empellones. Caía, y a puntapiés lo levantaban los verdugos entre las carcajadas de los esclavos borrachos. Algunos muchachos se complacían en echar puñados de tierra a los ojos del mártir, que no era otro que el apóstol que había atravesado campos, recorrido carreteras, por sobre los espinos, por entre los gijarros, la boca seca por la sed devoradora; pero llevando, en su cerebro lúcido, la idea de la regeneración de la raza humana por medio del bienestar y la libertad.

(De "Regeneración," del número 19, fechado el 7 de enero de 1911.)

LA ESCLAVITUD VOLUNTARIA

Juan y Pedro llegaron a la edad en que es preciso trabajar para poder vivir. Hijos de trabajadores, no tuvieron oportunidad de adquirir una regular cultura que los emancipase de la cadena del salario. Pero Juan era animoso. Había leído en los periódicos cómo hombres que habían nacido en cuna humilde habían llegado, por medio del trabajo y del ahorro, a ser los reyes de las finanzas, y a dominar, con la fuerza del dinero, no sólo los mercados, sino las naciones mismas. Había leído mil anécdotas de los Vanderbilt, de los Rockefeller, de los Rosthchild, de los Carnegie, de todos aquellos que, según la Prensa y hasta según los libros de lectura de las escuelas con que se embrutece a la niñez contemporánea, están al frente de las finanzas mundiales, no por otra cosa sino—¡vil mentira!— por su dedicación al trabajo y su devoción por el ahorro.

Juan se entregó al trabajo con verdadero ardor. Trabajó un año, y se encontró tan pobre como el primer día. A la vuelta de otro año se encontró en las mismas circunstancias. Y siguió trabajando más, sin desmayar, sin desesperar. Pasaron cinco años y se encontró con que, a fuerza de sacrificios, había logrado reunir algunas monedas, no muchas. Para ahorrarlas necesitó disminuir los gastos de su alimentación, con lo que debilitó sus fuerzas; vistió andrajos, con lo que el calor y el frío lo atormentaron, debilitando igualmente su organismo; habitó miserables casuchas, cuya insalubridad aportó a su organismo su contingente debilitante. Pero Juan siguió ahorrando, ahorrando dinero a expensas de su salud. Por cada centavo que lograba guardar, perdía una parte de su fuerza. Para no pagar renta a propietario alguno compró un lote

y fabricó una casita. Después se casó con una muchacha. El Registro civil y el cura le arrancaron una buena parte de sus ahorros, obtenidos a costa de tantos sacrificios. Pasaron algunos años más: el trabajo no era constante, las deudas comenzaron a afligir al pobre Juan. Un día se enfermó uno de sus hijitos; el médico no quiso asistir al enfermito porque no se le ofrecía dinero; en el dispensario público atendieron tan mal a la criatura que ésta murió. Juan, sin embargo, no se daba por vencido. Recordaba sus lecturas sobre las famosas virtudes del ahorro y otras patrañas por el estilo. Tenía que ser rico porque trabajaba y ahorraba. ¿No habían hecho lo mismo Rockefeller, Carnegie y muchos más, ante cuyos millones suelta la baba la humanidad inconsciente? Entretanto los artículos de primera necesidad iban subiendo en precio de manera poco tranquilizadora. La ración alimenticia se disminuía hasta su extremo límite en el hogar del inocente Juan, y, a pesar de todo, las deudas aumentaban y ya no podía ahorrar un solo cobre. Para colmo de desdichas, el dueño de la negociación en que Juan comenzó a trabajar decidió emplear trabajadores por menos costo, y nuestro héroe, y muchos más, se vieron de la noche a la mañana despedidos del trabajo, ocupando sus lugares nuevos esclavos que, como los anteriores, soñaban con riquezas amasadas a fuerza de trabajo y de ahorro. Juan tuvo que empeñar su casa, esperando todavía poner a flote la barca de sus ilusiones, que se hundía, se hundía sin remedio. No pudo pagar la deuda, y tuvo que dejar en las manos de los prestamistas el producto de su sacrificio, el pequeño bien amasado con su sangre. Obstinado, Juan quiso todavía trabajar y ahorrar, pero en vano. Las privaciones a que se sujetó por el ansia de ahorrar, el trabajo pesado que había ejecutado en los mejores años de su vida le habían destruído el vigor. En todas partes donde solicitaba trabajo se le decía que no había ocupación para él. Era una máquina de producir dinero para los amos; pero demasiado gastada ya. Las máquinas viejas son vistas con desprecio. Y, entretanto, la familia de Juan padecía hambre. En la negra casucha

no había fuego, no había abrigos para combatir el frío, las criaturas pedían pan con verdadera furia. Juan salía todas las mañanas en busca de trabajo; pero ¿quién había de alquilar sus brazos viejos? Y después de recorrer la ciudad y los campos, llegaba al hogar, donde lo esperaban, contristados y hambrientos, los suyos, su mujer, sus hijos, los seres queridos, para quienes soñó las riquezas de Rockefeller, la fortuna de Carnegie.

Una tarde Juan se detuvo a contemplar el paso de ricos automóviles ocupados por personas regordetas, en cuyos rostros podía adivinarse la satisfacción de llevar una vida sin preocupaciones. Las mujeres charlaban alegremente, y los hombres, almibarados e insignificantes, las atendían con frases melifluas que habrían hecho bostezar de fastidio a otras mujeres que no hubieran sido aquellas burguesas.

Hacía frío: Juan tembló pensando en los suyos, que le esperaban en la negra casucha, verdadera mansión del infortunio. Cómo habrían de tiritar de frío en aquel instante; cómo debían sufrir las torturas indescriptibles del hambre; qué amargas deberían ser las lágrimas que derramasen en aquellos momentos. El desfile elegantísimo continuaba. Era la hora de exhibición de los ricos, de los que, según el pobre Juan, habían sabido "trabajar y ahorrar" como los Rothschild, como los Carnegie, como los Rockefeller. En un lujoso carruaje venía un gran señor. Su porte era magnífico. Tenía canas, pero su rostro estaba joven. Juan se llevó la mano a los ojos para limpiarlos, temiendo ser víctima de una ilusión. No, no le engañaban sus viejos y opacos ojos: aquel gran señor era Pedro, su camarada de la infancia. "Cuánto ha de haber trabajado y ahorrado," pensó Juan, "para que haya podido salir de la miseria y llegar a tanta altura y ganar tanta distinción."

¡Ah, pobre Juan!: no había podido olvidar los imbéciles relatos de los grandes vampiros de la humanidad; no había podido olvidar lo que leyó en los libros de las escuelas, en que tan concienzudamente se embrutece al pueblo.

Pedro no había trabajado. Hombre sin escrúpulos

y dotado de gran malicia, había podido apercibirse de que lo que se llama honradez no es fuente de riquezas, y se echó a engañar a sus semejantes. Apenas reunido algún fondito, instaló un taller y alquiló manos baratas; de ese modo fué subiendo, subiendo. Ensanchó sus negocios y alquiló más manos, y más y más, y se convirtió en millonario y en gran señor, gracias a los innumerables "Juanes," que toman a pies juntillas los consejos de la burguesía.

Juan continuó presenciando el brillante desfile de haraganes y haraganas. En la esquina próxima un hombre dirigía la palabra al público. Escaso auditorio tenía, en verdad, aquel orador. ¿Quién era? ¿Qué predicaba? Juan fué a escuchar.

—Compañeros, decía el hombre, ha llegado el momento de reflexionar. Los capitalistas son unos ladrones. Sólo por medio de malas artes se puede llegar a millonario. Los pobres nos deslomamos trabajando, y cuando ya no podemos trabajar, nos despiden los burgueses como dejan sin amparo al caballo envejecido en el servicio. ¡Tomemos las armas para conquistar nuestro bienestar y el de nuestras familias!

Juan lanzó una mirada despreciativa al orador, escupió al suelo con coraje y se marchó a la casucha negra, donde lo esperaban afligidos, con hambre y con frío, los seres queridos. No podía morir en él la idea de que el ahorro y la laboriosidad hacen la riqueza del hombre virtuoso. Ni ante el infortunio inmerecido de los suyos pudo reaccionar el alma de aquel miserable, educado para esclavo.

(De "Regeneración," del número 21, fechado el 21 de enero de 1911.)

¡BAH, UN BORRACHO!

Aquella alegre mañana era tal vez la más triste para el pobre tísico. El sol brillaba intensamente, enriqueciendo, con fulgores de oro, la bella ciudad de Los Angeles.

Hacía algunas semanas que Santiago había sido despedido del trabajo. Estaba tísico hasta la medula, y el "buen" burgués, que lo explotaba desde hacía largos años, tuvo a bien ponerlo de patitas en la calle tan pronto como comprendió que los débiles brazos de su esclavo no podían ya darle las buenas ganancias de antaño.

Cuando muchacho, Santiago trabajó con ahinco. Soñaba, el pobre, lo que sueñan otros muchos pobres: llegar a ganar un "buen" salario que le permitiera ahorrar algunos centavos con que pasar los últimos días de su vida.

Santiago ahorró. Se "amarró" la tripa y logró, de esa manera, acumular algunas monedas; pero cada moneda que ahorraba significaba una privación; de tal suerte que, si la alcancía se iba llenando de monedas, las arterias del cuerpo se encontraban cada vez más pobres de sangre.

"No ahorraré más," dijo valerosamente Santiago un día que comprendió que su salud iba en descenso. En efecto no ahorró más, y, de ese modo, pudo prolongar su agonía. El salario aumentaba, no cabía duda de que aumentaba. Varias huelgas, hechas por los de su gremio, habían dado por resultado el aumento de los salarios; pero —¿cuándo faltará un pero?—si bien los salarios eran mejores que antes, los artículos de primera necesidad habían alcanzado un costo que hacía ilusoria la ventaja obtenida con el sacrificio de la huelga, que supone hambre, frío en el hogar, pa-

lizas de los polizontes y aun la cárcel y la muerte en los choques con los miserables rompehuelgas.

Pasaban los años y el salario subía, y el costo de los artículos de primera necesidad subía, subía, al mismo tiempo que la familia del pobre Santiago aumentaba. El número de horas de trabajo se había reducido a ocho, gracias, también, a las huelgas; pero —otra vez el pero—la tarea que tenía que desempeñar en ocho horas era la misma, exactamente la misma que antes desempeñaba en diez o doce horas, de manera que tenía que poner en juego toda su habilidad, toda su fuerza, toda la experiencia adquirida en su vida de trabajador para salir avante. El "lunch" frío, engullido precipitadamente en los pocos minutos del mediodía; la tensión nerviosa, a que sujetaba su cuerpo para no perder un movimiento de la máquina; la suciedad y la escasa ventilación del taller; el ruido atormentador de la maquinaria; la pobre alimentación que podía obtener, dada la carestía de los comestibles; la pobre habitación en que dormía con su numerosa familia, sin lumbre, sin confortables abrigos; la intranquilidad que abrumaba su espíritu al pensar sobre el porvenir de su familia, todo, todo conspiraba contra su salud. Quiso ahorrar otra vez, pensando dejar algo a su familia cuando él muriera. Pero ¿qué ahorraba? Limitó los gastos de la familia hasta su extremo límite; mas vió, con espanto, que sus pobres hijitos perdían el color rosado de sus mejillas, y él mismo se sentía desfallecer.

Se encontró, pues, Santiago, en presencia de este dilema que, si no es de hierro, no se sabe de qué pueda ser: ahorrar a costa de la salud de los suyos para dejarles algunas monedas al morir, monedas que tendrían que ser invertidas en medicinas para combatir la anemia de la prole, o bien no ahorrar para que se alimentase mejor su familia, la cual quedaría sin un centavo cuando él faltase. Y entonces pensaba en el desamparo de los suyos, en la posible prostitución de sus hijitas, en el probable "crimen" de sus amados hijos para obtener una torta de pan, en el duelo amarguísimo de su noble compañera.

Entretanto la tisis hacía progreso en su traquetea-

do cuerpo. Los amigos huían de él, temerosos de contraer la enfermedad. El burgués lo retenía aún en su taller porque todavía podía trabajar, porque todavía podía arrancar a aquel desventurado esclavo buenas sumas de dinero.

Llegó, empero, el momento en que Santiago ya no era útil ni para Dios ni para el Diablo, y aquel burgués que le palmeaba la espalda cuando, rendido de fatiga, dejaba el taller por las tardes, después de haber hecho más rico al amo y haberse hecho él más pobre de salud, lo expulsaba ahora del taller porque ya no era negocio tenerlo ahí: producía muy poco.

Con las lágrimas en los ojos llegó Santiago a su hogar una tarde en que la naturaleza y las cosas mismas reían. Los niños jugueteaban en las calles; los pajarillos picoteaban aquí y allá en el piso de asfalto; los perros, con sus ojos inteligentes y simpáticos, contemplaban el paso de los transeúntes, incapaces de adivinar la pena o la alegría que habitaba en cada corazón humano. Los caballos barrían, con sus colas, las tercas moscas que acosaban sus flancos lustrosos; los muchachitos vendedores de periódicos alegraban la escena con sus gritos y sus picardihuelas; el sol se disponía a tenderse en su lecho de púrpura. ¡Cuánta belleza afuera! ¡Cuánta tristeza en el hogar de Santiago!

Entre accesos de tos, entre suspiros profundísimos, entre sollozos desgarradores, Santiago comunicó a su leal compañera la triste nueva: "Mañana ya no tendremos pan"......

¡Oh, reinado de la igualdad social, cuánto tardas en llegar!

Todo lo empeñable fué a dar al montepío; se llaman montepíos esas cuevas de bandidos protegidos por.... ¡la ley! Al montepío fueron a dar, una a una, las modestas alhajitas que habían tenido, trasmitiéndose de padres a hijos en esa raza de humildes; al montepío fueron a dar aquellos pañolones con que luciera su palmito la madre de la compañera allá en sus mocedades, y que se guardaban como queridas reliquias; al montepío fueron a parar la primorosa pintura, único lujo de la destartalada estancia que

era, a la vez, cocina, comedor, sala de recibir visitas y........ alcoba; al montepío fueron a parar hasta las prendas de ropa más humildes.

La enfermedad, entretanto, no perdía tiempo: trabajaba, trabajaba sin descanso, socavando los pulmones de Santiago. Masas negruzcas salían de la boca del enfermo a cada acceso de tos. La mala alimentación, la tristeza y la falta de asistencia médica tenían al enfermo a la orilla de la tumba, como vulgarmente se dice. No había más remedio que ingresar en esa prisión a que las odiosas caridades oficial y burguesa condenan a los seres humanos que han pasado su vida produciendo tantas cosas bellas, tantas cosas ricas, tantas cosas buenas, por la pitanza que puede obtenerse con el maldito salario.

Al hospital fué a dar, con su pellejo y con sus huesos, el infortunado Santiago, mientras la noble compañera iba de fábrica en fábrica y de taller en taller impirando por un verdugo que explotase sus brazos. ¿Hasta cuándo, hermanos desheredados, os decidiréis a aplastar con vuestra rebeldía, la iniquidad del actual sistema capitalista?

En el hospital duró unos cuantos días... estaba desahuciado por los médicos, su mal no tenía remedio, y se le confinó a la sala de los incurables. Nada de medicinas, alimentos pobres, atención nula; ésto fué lo que la caridad pudo hacer por nuestro enfermo, mientras el burgués que lo explotó toda su vida derrochaba, en francachelas, las monedas ganadas a costa de la salud de aquel miserable.

Santiago pidió su baja del hospital. No tenía objeto esa prisión, y aquella alegre mañana que, tal vez, era la más triste para el pobre tísico, un polizonte lo arrastró, "por vago," en un parque público, pasando, así, de una prisión a otra.

El bello sol californiano brillaba intensamente. Las hermosas avenidas florecían de gente bien vestida y de cara alegre; perritos más felices que millones de seres humanos descansaban en los brazos de lindas

y elegantes señoras burguesas, que andaban de compras mientras Santiago, en el carro de la policía, oía, de vez en cuando, esta exclamación: "¡Bah, un borracho!"

(De "Regeneración," del número 35, fechado el 29 de abril de 1911.)

EXPROPIACION

La noche anterior habíase reunido la peonada. Ya aquello no era vivir; los amos nunca habían sido tan insolentes ni tan exigentes. Era necesario que aquello acabase de una vez. El hombre que había estado conversando con ellos una semana antes, tenía razón: los amos son los descendientes de los primeros bandidos que, con el pretexto de civilizarlos, habían llegado en són de guerra, despojando de sus tierras a los indios, sus antepasados, para convertirlos en peones. ¡Y qué vida la que habían arrastrado por siglos! Tenían que resignarse a aceptar maíz y frijol agorgojados, para su alimentación, ¡ellos que levantaban tan frescas y abundantes cosechas! ¿Se moría una res en el campo? Esa era la única vez que probaban la carne, carne hedionda ya; pero que el amo se hacía pagar a precios de plaza sitiada. ¿Había mujeres bonitas entre los esclavos? El amo y los hijos del amo tenían el derecho de violarlas. ¿Protestaba algún peón? ¡Iba a dar derechito al Ejército para defender el sistema que lo tiranizaba!

Hacía ocho días que había estado con ellos un hombre que ni se supo por dónde había llegado, ni se supo después por dónde ni cuándo se había ido. Era joven; sus manos, duras y fuertes, no dejaban lugar a duda de que era un trabajador; pero, por el extraño fulgor de sus ojos, se descubría que algo ardía tras de aquella frente, tostada por la intemperie y surcada por una arruga que le daba el aire de hombre inteligente y reflexivo. Ese hombre les había hablado de esta manera: "Hermanos de miseria, levantad la frente. Somos seres humanos iguales a los demás séres humanos que habitan la tierra. Nuestro origen es común, y la tierra, esta vieja tierra que regamos con nuestro sudor, es nuestra madre común, y, por lo mismo, te-

nemos el derecho de que nos alimente, nos dé la leña de sus bosques y el agua de sus fuentes a todos sin distinción, con una sola condición: que la fecundemos y la amemos. Los que se dicen dueños de la tierra, son los descendientes de aquellos bandidos que, a sangre y fuego, la arrebataron a nuestros antepasados, hace cuatro siglos, cuando ocurrieron aquellos actos de incendiarismo, de matanzas al por mayor, de estupros salvajes que la Historia consigna en este nombre: Conquista de México. Esta tierra es nuestra, compañeros de cadena: ¡tomémosla para nosotros y para todos nuestros descendientes!"

Desde ese día no se hablaba de otra cosa entre la peonada que de tomar la tierra, quitársela a los amos de cualquiera manera. La cuestión era tomarla, levantar para ellos la cosecha, lanzar a los amos noramala y continuar los trabajos de la hacienda, libres ya de sanguijuelas. De ahí en adelante sería todo para los que trabajaban.

Desde entonces los amos notaron que los peones ya no se quitaban el sombrero en su presencia, y que había cierta digna firmeza en sus miradas: presintieron la catástrofe. Cuando el humilde levanta la frente, el soberbio la abate. El espíritu de rebeldía, por tantos años dormido dentro de los robustos pechos de los esclavos, había sido despertado por las sinceras palabras del joven propagandista. En los jacales se conspiraba. Reunidos alrededor de la lumbre, los campesinos y las campesinas, hablando en voz baja, discutían las palabras del joven agitador. "Sí, la tierra es nuestra madre común," decían, "y debe ser nuestra;" pero "¿cómo llegaremos a tenerla?," preguntaban los más irresolutos. "La pediremos al Gobierno," aconsejaban los que pasaban por sensatos; pero los más jóvenes, y sobre todo las mujeres, protestaban contra esas resoluciones cobardes y votaban por emplear la violencia. "Recordad," decían los más exaltados, "que cuantas veces hemos pedido justicia o hemos protestado contra alguna infamia de nuestros amos, el Gobierno ha tomado los mejores de nuestros hermanos para encerrarlos en los cuarteles y en los presidios." Y entonces, consultando su memoria

cada uno de aquellos hombres y de aquellas mujeres exponían ejemplos de esa naturaleza, que daban la razón a los exaltados. Se acordaban de Juan, que fué sacado de su jacal a altas horas de la noche y fusilado cuando apenas habían caminado media legua de las casitas, solamente porque no permitió al amo que abusase de su compañera. Los ánimos se enardecían al recordar tantas infamias pasadas y al comunicarse las presentes. Un cojo dijo: "Perdí mi pierna y mi brazo militando bajo las órdenes de Madero, y aquí estoy, cargado de familia y sin saber si mañana tendré para que mis hijos tengan un pedazo de tortilla que llevarse a sus boquitas." Otro dijo: "Hoy me ordenó el amo que matase las cinco gallinas que tengo en mi corralito, pues de lo contrario las tomará él para el corral de la hacienda." Otro más expuso: "Ayer me dijo mi hija que el señorito la ha amenazado con hacer que su padre me mande a presidio si no le entrega su cuerpo."

Conversaciones parecidas había en los demás jacales. Se hablaba de lo duro del trabajo y lo miserable de la paga, y, tiritando, se acercaban al fuego. Como pudieron acordaron tener una reunión general. Esta se llevó a efecto en la noche, en una cañada cercana. El frío era intenso; pero aquella masa humana no lo sentía; el ansia de ser libres ardía en todos los pechos. Los "prudentes" abogaban todavía por enviar una comisión ante el Gobierno para que pidieran tierra para todos; pero entonces se levantaba un vocerío formidable: "No, no queremos tratar con nuestros verdugos. ¡Muera el Gobierno y mueran los ricos!" Y las mujeres, con los niños en brazos, hablaban del hambre y la desnudez que sufrían, por la cobardía de los hombres. "¡No más hambre!," gritaban. "¡A tomar la hacienda!," volvían a gritar. Y los dueños se cernían amenazadores; los andrajos flotaban al aire como negras banderas de venganza. Los cantiles multiplicaban la intensidad de aquel formidable vocerío. "¡A la casa de la hacienda!," gritaron unas mujeres, y emprendieron vertiginosa carrera hacia el caserío, de donde el viento traía el ladrido de los perros inquietos,

como si adivinaran el grandioso acto de justicia social que pocos minutos después deebría ser consumado.

A las mujeres siguieron los hombres, llegaron al caserío, tomaron sus azadones, sus palas, lo que pudieron; y siguieron, envueltos en la sombra, su carrera hacia la casa de la hacienda..... Una descarga cerrada recibió a los asaltantes; pero unas cuantas flechas "Regeneración," bien dirigidas, arrasaron la fortaleza de los burgueses en unos cuantos minutos, pereciendo en sus ruinas los descendientes de aquellos bandidos que, a sangre y fuego y estuprando virginidades, habían despojado de la tierra a los indios cuatro siglos antes.....

Cuando los fulgores del incendio se disiparon, una claridad como de pétalos de rosa, diluídos en leche, comenzó a aparecer por el Oriente: el sol surgió al fin más brillante, más hermoso, como contento de iluminar las frentes de hombres libres, después de siglos de no alumbrar otra cosa que los lomos enlodados del rebaño humano.

Era digno de verse aquel gentío. Unos se dedicaban a contar las cabezas de ganado; otros hacían un recuento del número de seres humanos de la localidad; otros inventariaban las tiendas y los graneros; y cuando el sol descendía por la tarde incendiando las nubes; cuando los pajarillos se refugiaban en las copas de los árboles, ya sabían todos con qué recursos contaba la comunidad, y ésta ya se había puesto de acuerdo para reanudar los trabajos por su propia cuenta, y libres, para siempre, de amos.

(De "Regeneración," del número 68, fechado el 16 de diciembre de 1911.)

COSECHANDO

A la orilla del camino me encuentro un hombre, de ojos llorosos y negro pelo alborotado, contemplando unos cardos que yacen a sus pies. "¿Por qué lloras?," le pregunto, y él me responde: "Lloro porque hice a mi prójimo todo el bien posible, labré mi parcela con todo empeño, como todo hombre que se respete debe hacerlo; pero aquellos a quienes hice bien me hicieron sufrir, y en cuanto a mis parcelas, faltas del agua que me arrebataron los ricos, sólo produjeron esos cardos que ves a mis pies."

Mala cosecha, me digo; la que levantan los buenos, y continúo mi marcha.

Un poco más lejos tropiezo con un viejo que viene cayendo y levantando, encorvada la espalda, triste la vaga mirada. "¿Por qué estás triste?," le pregunto, y me responde: "Estoy triste porque he trabajado desde la edad de siete años. Siempre fuí cumplido; pero esta mañana me dijo el amo: "Estás demasiado viejo, Juan; ya no hay trabajo que puedas desempeñar," y me dió con las puertas en la cara.

¡Vaya una cosecha de años y más años de honrada labor!, me digo, y sigo caminando.

Un hombre muy joven aún, pero a quien le falta una pierna, me sale al encuentro, con el sombrero en la mano, pidiendo "una limosna por el amor de Dios," según él mismo expresa en algo parecido a un gemido. "¿Por qué gimes?," le pregunto, y él me dice: "Madero nos dijo que íbamos a ser libres y felices, con la condición de que lo ayudásemos a subir a la Presidencia de la República. Todos mis hermanos, y mi padre mismo, murieron en la guerra; yo perdí la pierna y mi salud, quedando las familias de todos a un pan pedir."

Esa es la cosecha de los que luchan por encumbrar

tiranos y sostener el sistema capitalista, me digo, y sigo adelante.

A poco andar me encuentro con un grupo de hombres, de flojo andar, de mirada taciturna, los brazos caídos, leyéndose en sus rostros desaliento, y angustia y aun cólera. "¿Qué motiva vuestro disgusto?," les interrogo. "Salimos de la fábrica, dicen, y, después de trabajar diez horas, apenas ganamos para una miserable cena de frijoles."

No son éstos los que cosechan, me digo, sino sus amos, y continúo mi camino.

Ya es de noche. Los grillos cantan sus amores en las grietas de la tierra. Mi oído, atento, percibe rumores de fiesta. Me dirijo hacia el rumbo de donde provienen los alegres rumores, y me veo enfrente de un suntuoso palacio. "¿Quien vive aquí," pregunto a un lacayo. "Es el dueño de las tierras que ves en estos contornos, y dueño, además, del agua con que se riegan las tierras."

Comprendo que estoy al pie de la residencia del bandido que hizo que en el campo del pobre sólo se produjeran cardos, y, mostrando mi puño a la bella estructura del palacio, pienso: "Tu próxima cosecha, ¡burgués bribón!, tendrás que levantarla con tus propias manos, porque, sábelo, los esclavos están despertando........"

Y sigo mi marcha pensando, pensando; soñando, soñando. Pienso en la heroica resolución de esos desheredados que tienen el valor de poner en sus manos reivindicadoras en las tierras que, según la ley, pertenecen a los ricos, y, según la justicia y la razón, pertenecen a todos los seres humanos. Sueño en la alegría de los hogares humildes después de la expropiación; los hombres y las mujeres sintiéndose realmente humanos; los niños jugueteando, riendo, gozando, llenos sus estomaguitos de alimento sano y bastante.

La rebeldía nos dará la mejor de las cosechas: Pan, Tierra y Libertad para todos.

(De "Regeneración," del número 69, fechado el 23 de diciembre de 1911.)

UNA CATASTROFE

—Yo no me mato para que otros vivan, dijo, con voz clara, Pedro, el peón minero, cuando Juan, su compañero de trabajo, extendía a su vista un ejemplar del periódico "Regeneración," lleno de detalles del movimiento revolucionario del proletariado mexicano. "Yo tengo familia, prosiguió, y buen animal sería si fuera a presentar la barriga a las balas de los federales."

Juan recibió sin extrañeza la observación de Pedro: así hablan los más. Unos hasta trataban de golpearlo cuando les decía que había lugares donde los peones habían desconocido a sus amos y se habían hecho dueños de las haciendas. Pasaron algunos días; Juan, después de comprar una buena carabina con abundante dotación de cartuchos, se internó en la sierra por donde él sabía que había rebeldes. No le interesaba saber a qué bandería pertenecían o qué ideales defendían los revolucionarios. Si eran de los suyos, esto es, de los que enarbolando la bandera roja pugnan por hacerse fuertes para fundar una sociedad nueva, en la que cada quien sea el amo de sí mismo y nadie el verdugo de los demás, muy bueno; se uniría a ellos, aumentaría con su persona tanto el número de combatientes como el número de cerebros en la magna obra redentora, que tanto necesita de fusiles como de cerebros capaces de iluminar otros cerebros, y corazones capaces de inflamar con el mismo fuego otros corazones; pero si no eran de los suyos los que merodeaban por las cercanías, eso no importaba; de todos modos él se uniría, pues consideraba como un deber de libertario mezclarse entre sus hermanos inconscientes por medio de hábiles pláticas sobre los derechos del proletariado.

Un día las mujeres de los mineros se agolpaban a la puerta de la mina. Un desprendimiento había ce-

rrado una de las galerías de la mina, dejando sin comunicación con el exterior a más de cincuenta trabajadores. Pedro se encontraba entre ellos, y, como los demás, sin esperanza de escapar de la muerte. En las tinieblas el pobre peón pensaba en su familia: a él se le esperaba una agonía espantosa, privado de agua y de alimentación; pero al fin, después de algunos días, entraría en el reposo de la muerte; mas ¿su familia? ¿Qué sería de su mujer, de sus hijos, tan pequeños aún? Y entonces pensaba con rabia en lo estéril de su sacrificio, y reconocía tardíamente que Juan, el anarquista, tenía razón cuando, extendiendo ante su vista "Regeneración," le hablaba con entusiasmo de la revolución social, de la lucha de clases necesaria, indispensable, para que el hombre deje de ser el esclavo del hombre, para que todos puedan llevarse a la boca un pedazo de pan, para que acabasen una vez el crimen, la prostitución, la miseria. El pobre minero se acordaba entonces de aquella frase cruel que lanzó cierta vez al rostro de su amigo Juan como un salivazo: "Yo no me mato para que otros vivan."

Mientras esto pensaba el minero sepultado en vida por trabajar para que vivieran los burgueses dueños de la negociación, las mujeres, llorosas, se retorcían los brazos, pidiendo a gritos que les devolvieran a sus esposos, a sus hermanos, a sus hijos, a sus padres. Cuadrillas de voluntarios se presentaban al gerente de la negociación pidiéndole que se les permitiera hacer algo por rescatar a aquellos infortunados seres humanos, que esperaban dentro de la mina una muerte lenta, horrible por el hambre y por la sed. Los trabajos de rescate comenzaron; pero ¡qué lentamente avanzaban! Además, ¿había la seguridad de que estuvieran con vida los mineros? ¿No recordaban todos que los burgueses, para poderse repartir mejores ganancias, no daban suficiente madera para ademar las galerías, y que precisamente aquella en que había ocurrido la catástrofe era la peor ademada? Sin embargo, hombres de buena voluntad trabajaban, turnándose, de día y de noche. Las familias de las víctimas, en la miseria, no recibían de los burgueses—dueños de la mina—ni un puñado de maíz con qué hacer unas cuantas tortillas y un poco de atole, a pesar de que sus esposos, hermanos, hijos y padres tenían ganado su salario de varias semanas de trabajo.

Cuarenta y ocho horas hacía que había ocurrido la catástrofe. El sol, afuera, alumbraba la desolación de las familias de los mineros, mientras en las entrañas de la tierra, en las tinieblas, llegaba a su último acto la horrible tragedia. Enloquecidos por la sed, poseídos de salvaje desesperación, los mineros de cerebro más débil golpeaban furiosamente con sus picos la dura roca, por algunos minutos, para caer postrados poco después, algunos para no levantarse más. Pedro pensaba.... Qué dichoso sería Juan en aquellos momentos, libre como todo hombre que tiene una arma en sus manos, lo es; satisfecho, como todo hombre que tiene una idea grande y lucha por ella, lo está. El, Juan, estaría en aquellos momentos batiéndose contra los soldados de la Autoridad, del Capital y del Clero, precisamente contra los verdugos que, por no disminuir sus ganancias, eran los culpables de estar él sepultado en vida. Entonces sentía accesos de furor contra los capitalistas, que chupan la sangre de los pobres; entonces se acordaba de las pláticas de Juan, que tan aburridas le parecieron siempre, pero que ahora les daba todo el valor que tenían. Recordaba cómo un día Juan, mientras éste liaba un cigarrillo, le habló del número asombroso de víctimas que la industria arroja cada año en todos los países, esforzándose por demostrarle que mueren más seres uhmanos en virtud de descarrilamientos, de naufragios, de incendios, de desprendimientos en las minas, de infinidad de accidentes en el trabajo que en la revolución más sangrienta, sin contar con los millares y millares de personas que mueren de anemia, de exceso de trabajo, de mala alimentación, de enfermedades contraídas por las malas condiciones higiénicas de las habitaciones de la gente pobre y de las fábricas, talleres, fundiciones, minas y demás establecimientos de explotación. Y recordaba, también, Pedro, con qué desprecio había oído a Juan esa vez, y con qué brutalidad le había rechazado cuando el propagandista le había aconsejado que enviase su óbo-

lo, cualquier cantidad que fuese, a la Junta revolucionaria que trabajaba por la libertad económica, política y social de la clase trabajadora. Recordaba que había dicho a Juan: "Yo no soy tan.... tarugo de dar mi dinero; ¡mejor me lo emborracho!" Y algo parecido al remordimiento le torturaba el corazón; y en la angustia del momento, con la lucidez que a veces viene en los instantes críticos, pensaba que hubiera sido preferible morir defendiendo a su clase, que sufrir aquella muerte obscura, odiosa, para hacer vivir a la bribona burguesía. Se imaginaba a Juan pecho en tierra, rechazando las cargas de los esbirros de la tiranía; se lo imaginaba radiante de alegría y de entusiasmo, llevando en sus puños la bendita enseña de los oprimidos, la bandera roja, o bien magnífico, hermoso, la cabellera flotando al aire, en medio del combate, arrojando bombas de dinamita contra las trincheras enemigas, o lo veía al frente de algunos valientes llegar a una hacienda y decir a los peones: "Tomadlo todo y trabajad por vuestra cuenta, como seres humanos y no como bestias de carga!" Y el pobre Pedro deseaba aquella vida de Juan, que ahora comprendía era fecunda; pero era demasiado tarde ya. Aunque con un resto de vida, estaba muerto para el mundo......

Quince días han pasado desde la fecha de la catástrofe en la mina. Desalentados los rescatadores, abandonaron la tarea de salvamento. Los deudos de los mineros muertos habían tenido que salir del campo porque no pudieron pagar los alquileres de sus casitas. Algunas de las hijas, hermanas y aun viudas vendían besos en las tabernas por un pedazo de pan.... El hijo mayor de Pedro se encontraba en la cárcel por haber tomado unas tablas del patio de la negociación para caldear un poco el cuartucho en que se encontraba tirada, en el suelo, su madre enferma, como resultado del golpe moral que había sufrido. Todos los deudos habían ocurrido a la oficina a pedir los alcances de los suyos; pero no recibieron ni un centavo. Se les hicieron las cuentas del Gran Capitán, y resultó que los muertos salieron deudores, y como las pobres familias no tuvieron con qué pagar las rentas de sus

casitas, un hermoso día, pues la naturaleza es indiferente a las miserias humanas, en que el sol quebraba sus rayos en el cercano estanque y las aves, libres de amos, trabajaban por su cuenta persiguiendo insectos para ellas y para sus polluelos nada más; un bello día un representante de la Autoridad, vestido de negro como un buitre, y acompañado de algunos polizontes armados, anduvo de casita en casita poniendo, en nombre de la Ley y en provecho del Capital, a todas aquellas pobres gentes en la calle.

Así es como paga el Capital a los que se sacrifican por él.

(De "Regeneración," del número 72, fechado el 13 de enero de 1912.)

¿PARA QUE SIRVE LA AUTORIDAD?

I

Inclinado sobre el arado, regando con su sudor el surco que va abriendo, trabaja el peón, a la par que entona una de esas tristísimas canciones del pueblo, en las que parece condensarse, sumarse, toda la amargura que la injusticia social ha venido acumulando por siglos y siglos en el corazón de los humildes. Trabaja el peón y canta, al mismo tiempo que piensa en el jacal donde los suyos le esperan para tomar, reunidos, la pobre cena. Su corazón se inunda de ternura pensando en sus hijitos y en su compañera, y, alzando la vista para observar la disposición del sol en aquel momento, con el fin de adivinar la hora que pueda ser, percibe, a lo lejos, una ligera nubecilla de polvo, que, poco a poco, se va haciendo más grande a medida que más se acerca al lugar en que él se encuentra. Son soldados de caballería que se le aproximan y le preguntan: "¿Tú eres Juan?," y al recibir respuesta afirmativa, le dicen: "Ven con nosotros; el Gobierno te necesita." Y allá va Juan, amarrado como un criminal, camino de la ciudad, donde le aguarda el cuartel, mientras los suyos quedan en el jacal, condenados a morirse de hambre o a robar y a prostituirse para no sucumbir.

¿Podría decir Juan que la Autoridad es buena para los pobres?

II

Hace tres días que Petro recorre, ansioso, las calles de la ciudad en busca de trabajo. Es buen trabajador; sus músculos son de acero; en su rostro cuadrado, de hijo del pueblo, se refleja la honradez. En

vano recorre la ciudad en todos sentidos pidiendo a los señores burgueses que se tomen la "molestia" de explotar sus robustos brazos. Por todas partes se le cierran las puertas; pero Pedro es enérgico y no desmaya, y, sudoroso, con los finos dientes del hambre destrozándole el estómago, ofrece, ofrece, ofrece sus puños de hierro, con la esperanza de encontrar un amo que, "caritativamente," quiera explotarlos. Y mientras atraviesa la ciudad por la vigésima vez, piensa en los suyos que, como él, sufren hambre y le esperan ansiosos en la humilde pocilga, de la que están próximos a ser expulsados por el dueño de la casa, que no quiere esperar por más tiempo el pago de la renta. Piensa en los suyos.... y, contraído dolorosamente el corazón, con las lágrimas próximas a rodar de sus ojos, aprieta el paso, pretendiendo encontrar amos, amos, amos.... Un polizonte lo ha visto pasar, repasar y volver a pasar la calle en que está apostado "guardando el orden público," y, tomándole por el cuello, lo conduce a la más cercana estación de policía, donde lo acusa de vagancia. Mientras él sufre en la cárcel, los suyos perecen de hambre y de frío, o se prostituyen o roban para no morir de hambre. ¿Podrá decir Pedro que la Autoridad es buena para los pobres?

III

Santiago, contentísimo, se despide de su compañera. Va a pedir al dueño de la hacienda la parte que, como mediero, le corresponde de la abundante cosecha que se ha levantado. El hacendado saca libros, apuntes, notas, vales, y, después de hacer sumas, restas, multiplicaciones y divisiones, dice a su mediero: "Nada te debo; por lo contrario, tú me debes a mí por provisiones, ropa, leña, etc., etc." El mediero protesta, y ocurre a un juez pidiéndole justicia. El juez revisa los libros, apuntes, notas, vales, y hace sumas, restas, multiplicaciones y divisiones, y condena al mediero a pagar su deuda al hacendado y a pagar las costas y gastos del juicio. La compañera, contentísima, sale a encontrar a Santiago con el

hijo menor en brazos, creyendo que traerá bastante dinero, pues la cosecha ha sido espléndida; pero palidece al ver que corren abundantes lágrimas por las tostadas mejillas del noble trabajador, que llega con las manos vacías y el corazón hecho pedazos. El hacendado había hecho las cuentas del Gran Capitán, y el juez se había puesto, como siempre, del lado del fuerte. ¿Podría decir Santiago que la Autoridad es buena para los pobres?

IV

En la pequeña estancia, saturada la atmósfera de humo de petróleo y de tabaco, Martín, el inteligente agitador obrero, dirige la palabra a sus compañeros. "No es posible tolerar por más tiempo la inicua explotación de que somos objeto —dice Martín echando hacia atrás le cabeza melenuda y bella como la de un león.— Trabajamos doce, catorce y hasta dieciséis horas por unos cuantos centavos; se nos multa con cualquier pretexto para mermar más aún nuestro salario de hambre; se nos humilla, prohibiéndosenos que demos albergue en nuestras miserables viviendas a nuestros amigos o a nuestros parientes, o a quien se nos dé la gana; se nos prohibe la lectura de periódicos que tienden a despertarnos y a educarnos. No permitamos más humillaciones, compañeros; declarémonos en huelga, pidiendo aumento de salario y disminución de horas de trabajo, así como que se respeten las garantías que la Constitución nos concede." Una salva de aplausos recibe las palabras del orador; se vota por la huelga; pero, al día siguiente, la población obrera sabe que Martín fué arrestado al llegar a su casa, y que hay orden de aprehensión contra algunos de los más inteligentes de los obreros. El pánico cunde, la masa obrera se resigna, vuelve a deslomarse y a ser objeto de humillaciones. ¿Podría decir Martín que la Autoridad es buena para los pobres?

V

Desde antes de rayar el alba, ya está Epifania en pie, colocando cuidadosamente, en un gran cesto, coles, lechugas, tomates, chile verde, cebollas, que recoge de su pequeño huerto, y, con la carga a cuestas, llega al mercado de la ciudad a realizar su humilde mercancía, con cuyo producto podrá comprar la medicina que necesita el viejo padre y el pan de que tienen necesidad sus pequeños hermanos. Antes de que Epifania venda dos manojos de cebollas, se presenta el recaudador de las contribuciones exigiendo el pago en nombre del Gobierno, que necesita dinero para pagar ministros, diputados, senadores, jueces, gendarmes, soldados, empleados, gobernadores, jefes políticos y carceleros. Epifania no puede hacer el pago y su humilde mercancía es embargada por el Gobierno, sin que el llanto ni las razones de la pobre mujer logren ablandar el corazón del funcionario público. ¿Podría decir Epifania que la Autoridad es buena para los pobres?

VI

¿Para qué sirve, pues, la Autoridad? Para hacer respetar la ley que, escrita por los ricos o por hombres instruídos, que están al servicio de los ricos, tiene por objeto garantizarles la tranquila posesión de las riquezas y la explotación del trabajo del hombre. En otras palabras: la Autoridad es el gendarme del Capital, y este gendarme no está pagado por el Capital, sino por los pobres.

Para acabar con la Autoridad debemos comenzar por acabar con el Capital. Tomemos posesión de la tierra, de la maquinaria de producción y de los medios de transportación. Organicemos el trabajo y el consumo en común, estableciendo que todo sea de la propiedad de todos, y entonces no habrá ya necesidad de pagar funcionarios que cuiden el capital retenido en unas cuantas manos, pues cada hombre y cada mujer serán, a la vez, productores y vigilantes de la riqueza social.

Mexicanos:

Vuestro porvenir está en vuestras manos. Hoy que el principio de Autoridad ha perdido su fuerza por la rebeldía popular, es el momento más oportuno para poner las manos sobre la ley y hacerla pedazos; para poner las manos sobre la propiedad individual, haciéndola propiedad de todos y cada uno de los seres humanos que pueblan la República Mexicana.

No permitamos, por lo tanto, que se haga fuerte un Gobierno. ¡A expropiar sin tardanza! Y si por desgracia sube algún otro individuo a la Presidencia de la República, ¡guerra contra él y los suyos!, para impedir que se haga fuerte, y, mientras tanto, a continuar la expropiación.

(De "Regeneración," del número 83, fechado el 30 de marzo de 1912.)

¡VIVA TIERRA Y LIBERTAD!

Muere la tarde vulgarmente. El sol, perezoso, no quiso esta vez desparramar su cabellera de oro por todos los ámbitos del horizonte, como disgustado de la pequeñez de los hombres, que por pequeñeces se matan, por pequeñeces sufren, y con pequeñeces gozan, como pobres gusanos.

Por la carretera polvorienta, y polvoriento él mismo, marcha un hombre de edad madura. Larga ha de haber sido la jornada, a juzgar por la fatiga retratada en su rostro y el penoso andar. A cuestas lleva una ligera mochila, con una camisa, de manta tal vez, y unos raídos calzoncillos. Es un soldado orozquista-científico-vazquista, que vuelve a su hogar.

El hombre camina, camina, camina contemplando las llanadas pobladas de hombres y mujeres afanados en la eterna labor, vistiendo humildísimos vestidos, la tristeza y la desesperación asomándose a sus rostros tostados por el sol. Esas gentes trabajan lo mismo, visten lo mismo, tienen el mismo aspecto que antes de la revolución.

El revolucionario se detiene a contemplar el cuadro y se pregunta: "¿Para qué se hizo la revolución?"

Y continúa su marcha hacia la aldea en que se encuentran los suyos, donde deben esperarlo con ansia, después de la larga ausencia, la compañera y los hijos.

La carretera, a poco, va sumiéndose en la sombra. A su lado pasa un grupo de obreros que marchan hacia sus jacales con el mismo aire de fastidio, de cansancio y aun de cólera que pudo observar en ellos

antes de marcharse a la guerra, por lo que deduce que sufren lo mismo, que son igualmente desgraciados.

El revolucionario envuelve en una mirada al grupo, y se pregunta: "¿Para qué se hizo la revolución?"

Y continúa su marcha hacia la aldea en que se encuentran los suyos; donde deben esperarlo con ansia, después de la larga ausencia, la compañera y los hijos.

El ladrido de los perros denuncia la proximidad de la aldea, enteramente sumergida en las tinieblas. El viento llora entre el ramaje de los fresnos que bordean el camino. Nuestro viajero camina, camina, camina pensando en los suyos....

Al día siguiente el revolucionario tiene que echarse al surco, como cualquier hijo de vecino, para ganar de 25 a 50 centavos diarios; pues si bien Vázquez Gómez ya está sentado en la silla presidencial, los desgraciados siguen siendo desgraciados, los pobres siguen siendo humillados por el rico y por la Autoridad.

El revolucionario reflexiona y se pregunta: "¿Para qué se hizo la revolución?"

Rendido de cansancio, vuelve a su jacal, adonde había llegado la noche anterior. Una olla de frijoles es la cena, con unas cuantas tortillas. El perro bosteza cerca de la lumbre; los grillos cantan sus amores en las rendijas; los niños duermen casi desnudos.

—¿Quiénes ganaron?, pregunta la compañera, que hasta entonces, alegre por haber vuelto a estrechar entre sus brazos al compañero ausente, no había tenido tiempo de hacer semejante pregunta. Después de algunos instantes de reflexión, dice el revolucionario:

—Pues nosotros.

—Pero es que no traes un centavo encima.

—Pues, como quiera que sea, nosotros ganamos; echamos abajo a Madero.

—Pero nosotros quedamos abajo, "como siempre," —dice la mujer.

El revolucionario se rasca la cabeza, no sabiendo qué decir, e interiormente se pregunta: "¿Para qué se hizo la revolución?"

—Cuando te afiliaste a la revolución, llevabas algunos centavos en los bolsillos, una buena carabina, parque, buena ropa, y ahora no traes nada; ¿cómo está éso de que tú eres de los que ganaron?, pregunta la mujer.

El revolucionario se rasca la cabeza; no sabe qué responder; él sabe que sus jefes tienen buenos empleos, que Vázquez Gómez es Presidente; pero para él, así como para todos los que lucharon como soldados rasos, nada ha habido, a no ser el pago de unos cuantos pesos por el arma, que no le alcanzaron ni para llegar a su hogar. Y entonces, al acordarse con amargura de los días de prueba, pasados en la montaña; de las fatigas de una larga y desigual campaña; del sacrificio de tantas vidas; del hambre y de la desnudez de los suyos durante su ausencia, siente un estorbo en la garganta, al mismo tiempo que se hace, silenciosamente, esta pregunta: "¿Para qué se hizo la revolución?"

—¿Para qué se hizo la revolución?, pregunta la mujer.

Y el revolucionario, sorprendido de que la mujer piense lo mismo que él, no puede contener por más tiempo la indignación que veníase fermentando en su pecho, y exclama:

—¡La revolución se ha hecho para los "vivos," para los que quieren ser gobernantes, para los que quieren vivir del trabajo ajeno! Nos emperramos en no querer oír a los anarquistas de REGENERACION, que en todos los tonos nos aconsejaban que no siguiéramos a los jefes, que tomáramos posesión de la tierra, de las aguas, de los montes, de las minas, de las fábricas, de los talleres, de los medios de transportación, y que de todo eso hiciéramos propiedad común para todos los habitantes de la República Mexicana, y que en común consumiésemos lo que se produjera. Nos dijeron esos hombres que luchar por encumbrar individuos es tarea criminal. No quisimos oirles, porque eran pobres, porque eran de nuestra clase, y, como luego se dice, en el pecado llevamos la penitencia. ¡Merecido lo tenemos, por animales! Nuestros jefes se están dando la gran vi-

da en estos momentos, mientras nosotros, la carne de cañón, los que de veras luchamos, los que mostramos nuestro pecho al enemigo, somos, ahora, más desgraciados que antes.............................

....

Juan oye el toque del clarín, que llama a reunión; se restrega los ojos..... ¡Había sido un mal sueño! Coge su fusil, se felicita de luchar en las filas de los libertarios de la bandera roja, y grita con estentórea voz: ¡Viva Tierra y Libertad!

(De "Regeneración," del número 87, fechado el 27 de abril de 1912.)

EL SUEÑO DE PEDRO

Sentado en el umbral de la puerta de la humilde vivienda, Pedro, el recio y animoso jornalero, piensa, piensa, piensa. Acaba de leer REGENERACION, que un obrero delgado, nervioso, de mirar inteligente, le había regalado ayer cuando se retiraba a su domicilio. Nunca había leído ese periódico, aunque había oído hablar de él, a veces con desprecio o con cólera, otras con entusiasmo.

Sentado en el umbral de la puerta, Pedro piensa, piensa, piensa, y dentro de su cráneo rueda, hasta hacerlo sentir malestar físico, esta simple pregunta: ¿cómo será posible vivir sin gobierno?

Todo, todo lo acepta Pedro, menos eso de que se pueda vivir sin gobierno, y, sintiendo arder su cabeza, se levanta y echa a andar sin rumbo fijo, mientras dentro de su cráneo rueda la pregunta torturadora: ¿cómo será posible vivir sin gobierno?

Son las ocho de la mañana del último día del mes de abril. Las rosas abren sus pétalos para que los bese el sol; las gallinas, atareadas, escarban la tierra en busca de lombrices, mientras los gallos, galantísimos, arrastran elegantemente el ala alrededor de ellas, requiriéndolas de amores.

Pedro camina, camina, camina. Las palmas mecen sus penachos bajo el cielo luminoso; las golondrinas acarrean lodo para fabricar sus nidos; Pedro se encuentra en pleno campo; los ganados pacen tranquilamente, sin necesidad de un gendarme que los apalee; las liebres juguetean sin necesidad de legisladores que las hagan felices por medio de leyes; los gorriones gozan la dicha de vivir, sin que haya, entre ellos, alguno que diga: "yo mando; ¡obedecedme!"

Pedro experimenta la sensación del que se encuentra libre de un gran peso, y exclama: "¡Sí, sí es posible vivir sin gobierno."

El espectáculo de la vida animal le ha dado la respuesta, y la pregunta ha dejado de dar tumbos dentro de las paredes de su cráneo. Esos rebaños que tiene a la vista no necesitan gobierno para poder vivir. No existiendo entre ellos la propiedad individual, no se necesita de alguien que cuide esa propiedad de los ataques de los que nada poseen. Poseen, en común, la bella pradera y el cristalino aguaje, y cuando el sol lanza con furia sus rayos, participan, en común, de la sombra que proyectan los árboles. Sin gobierno, esos dignos animales no se hacen pedazos unos a los otros, ni necesitan de jueces, ni de carceleros, ni de verdugos ni de esbirros. No existiendo entre ellos la propiedad privada, no hay esa competencia espantosa, esa guerra cruel de una clase contra otra, de un individuo contra otro, que debilita el sentimiento de solidaridad, tan poderoso entre animales de la misma especie.

Pedro respira a pulmones plenos; un vasto horizonte se abre frente a él al derrumbarse, ante su inteligencia, el negro andamiaje de preocupaciones, de prejuicios, de atavismos que la sociedad burguesa tiene cuidado en fomentar para seguir existiendo. A Pedro se le había enseñado que es indispensable que haya amos y sirvientes, ricos y pobres, gobernantes y gobernados. Ahora todo lo comprende: los que están interesados en que siga existiendo el actual sistema político, económico y social, son los que se empeñan en enseñar que debe existir la desigualdad política, económica y social entre los seres humanos.

Pedro piensa, piensa, piensa. Los coyotes, los lobos, los patos, los caballos salvajes, los búfalos, los elefantes, las hormigas, los gorriones, las golondrinas, las palomas y casi todos los animales viven en sociedad, y esa sociedad está basada en la solidaridad practicada en un grado que la pobre especie humana no ha alcanzado aún, a pesar de las conquistas hechas por la ciencia, siendo la causa de esta verdadera desgracia humana, el derecho de propiedad individual que permite a los más fuertes, a los más inteligentes, a los más malos, acaparar, para su exclusivo provecho, las fuentes naturales de riqueza y los productos del trabajo humano, dejando a los demás sin participación en la herencia social, y sujetos a trabajar por un mendrugo cuando tienen derecho a tomar todo lo que necesiten.

El sol de mediodía cae a plomo, y Pedro se refugia bajo el follaje de un árbol, quedándose dormido. Los insectos vuelan y revuelan sobre él, como joyas escapadas de las tiendas, ansiosas de brillar al sol.

Pedro duerme y sueña. Se sueña en un amplio campo, donde se encuentran miles de compañeros trabajando la tierra, mientras de sus gargantas brotan las notas triunfales de un himno al Trabajo y a la Libertad. Nunca, ningún músico concibió melodía de tal naturaleza. ¡Como que nadie, hasta entonces, habíase sentido libre y dichoso de vivir! Pedro trabaja y canta como los demás, y al cabo de unas dos horas, que para él transcurren como segundos, él y todos aquellos alegres trabajadores emprenden la marcha hacia el poblado, donde sonríen, rodeadas de jardinillos, lindas casitas, en las que nada falta para hacer la vida agradable y bella. Todas ellas tienen llave de agua fría y de agua caliente, bujías eléctricas, estufas eléctricas, baño, lavabos, muebles confortables, cortinas, alfombras, piano, despensa repleta de provisiones. Pedro, como todos, tiene también su casita, y es dichoso con su compañera y sus hijitos. Ya nadie trabaja a salario. Todos son dueños de todo. Los que tienen afición por los trabajos agrícolas están unidos y desempeñan las labores del campo; los que tienen afición por los trabajos de la fábrica se han unido como sus hermanos del campo, y todas las industrias, en fin, se ponen de acuerdo para producir, según las necesidades de la comunidad, poniendo los productos de todas las industrias en un vasto almacén, al que tiene libre entrada toda aquella población laboriosa. Cada quien toma lo que

necesita, pues hay abundancia de todo. Por las calles no se ve un mendigo ni una prostituta, porque todos tienen satisfechas sus necesidades. En los trabajos no se ve ni un anciano, pues trabajaron cuando eran aptos, y ahora viven, tranquilos, del trabajo de los fuertes, esperando una muerte tranquila, rodeados de afectos verdaderamente sinceros; los impedidos gozan del mismo privilegio que los ancianos.

Para llegar a este resultado, los habitantes de esta región comenzaron por desconocer toda autoridad, al mismo tiempo que declararon propiedad común la tierra y la maquinaria de producción. Se reunieron los trabajadores de cada industria para discutir la manera de llevar adelante la producción, teniendo al frente una estadística de las existencias que había en los almacenes de la burguesía, y que se encontraban ahora a disposición de todos en un vasto almacén.

Muchas industrias innecesarias fueron suprimidas pues ya no se trataba de especular, y los brazos que antes las movían, así como los brazos de los gendarmes, de los soldados, de los empleados de oficinas públicas y privadas aliviaron, con su contingente, el trabajo, que antes pesaba sólo sobre los obreros. Ya no había parásitos de ninguna clase, pues todos y cada uno de los habitantes eran, a la vez, productores y vigilantes, porque eran, a la vez, trabajadores y propietarios. ¿Para qué era necesario el gobierno? ¿Qué necesidad tenía de destrozarse esa gente cuando toda ella se sentía propietaria? Nadie podía allí ser más que otro. Cada quien producía según sus fuerzas e inteligencia, y cada quien consumía hasta llenar todas sus necesidades. ¿Qué necesidad había de acaparar? Esa sería una tarea estúpida.

Pedro se siente dichoso, y sonríe mientras duerme. Las mariposas pasan a su lado, como si fueran parte de su sueño...

....

De pronto siente Pedro un agudo dolor en la cabeza, y despierta sobresaltado. Es un gendarme, un representante de la señora Autoridad, sin la cual

creen las gentes tímidas que no se puede vivir. El esbirro acaba de despertar de un puntapié en la cabeza al recio y animoso jornalero, a quien despóticamente ordena que vaya a dormir a su casa, o, de lo contrario, lo llevará a la cárcel por vago. ¡Vago, cuando la víspera le dijo el patrón que no tendría trabajo hasta dos días después!

Pedro se estremece de indignación; vuelve la espalda al esbirro, y se marcha. En su rostro se refleja una resolución suprema. Llega a su casa; besa a sus hijitos y, emocionado, se despide de su compañera y emprende la marcha hacia donde los valientes se baten al grito de ¡Viva Tierra y Libertad!

(De "Regeneración," del número 88, fechado el 4 de mayo de 1912.)

POR TIERRA Y LIBERTAD

Pedro era un inconsciente; desde la edad de siete años comenzó a trabajar. Su padre era peón de una hacienda del Estado de Michoacán, cuyo salario no pasaba de veinticinco centavos diarios por trabajar de sol a sol. La familia no podía vivir con aquel miserable jornal; la manta era cada vez más cara; los artículos de primera necesidad alcanzaban precios de plaza sitiada, y la deuda del peón con el dueño de la hacienda crecía, crecía.....

Un día el peón llevó a Pedro al trabajo. Era indispensable que el chico trabajase para aumentar, siquiera con un puñado más de maíz, el cotidiano atole y las obligadas tortillas. De allí para adelante, Pedro debía ganar su sustento con el sudor de su rostro.

Pedro llegó a la edad de hombre, y llegó también, como su padre, a ganar veinticinco centavos diarios trabajando de sol a sol; pero si la vida era cara cuando su padre lo inició en el trabajo, lo era más actualmente; las levas eran más frecuentes; la ley fuga había alcanzado su máximum de aplicación; las "fatigas" —servicio personal gratuito a la Autoridad— menudeaban más y más, y, para colmo de desdichas, según la costumbre tradicional, sobre sus pobres lomos había caído la deuda de su padre, agravando la propia. En busca de mejor fortuna, Pedro se vino a los Estados Unidos, encontrando trabajo en una sección de ferrocarril. Un día cayó en sus manos un ejemplar de REGENERACION, que algún propagandista viajero había dejado en la sección. Pedro leyó el periódico y sintió que algo se derrumbaba en lo más profundo de su sér. El había aprendido a respetar a sus patrones como si fueran sus

padres; en su sencillez creía que, si no hubiera ricos, los pobres no tendrían qué comer. Respetaba al Gobierno, a pesar de lo mal que lo había tratado en México; consideraba al sacerdote como un representante de Dios sobre la tierra. En suma: el pobre Pedro era un reaccionario de tomo y lomo.

Sentado en un cajón vacío que le servía de silla, Pedro leyó REGENERACION aquella vez, a la luz de una vieja lámpara de petróleo, y, mientras leía el periódico, un nudo le subía a la garganta.... y sintió que algo se derrumbaba en lo más profundo de su sér, y que un horizonte más amplio se extendía ante su vida. Antes, Pedro se sentía desgraciado; pero creía que era lo más natural el sufrir en este mundo, al menos así lo aseguraba el cura. Ahora se daba cuenta de las engañifas de los señores de sotana para tener apaciguados a los esclavos, y su corazón latía con violencia. Con los puños crispados, decía: "Iré a México y no dejaré con vida a uno solo de estos pajarracos." Recordaba entonces los sermones del cura de su aldea cuando éste, fingiendo amor y caridad, decía a voz en cuello: "Tened paciencia, hijos míos, que Dios os premiará en la otra vida; respetad y amad a vuestros patrones, como si fueran vuestros segundos padres; conformaos con vuestra pobreza; no envidiéis los bienes de los ricos, porque esos bienes les han sido dados por Dios misericordioso para que os den trabajo y no os falte el pan; respetad al Gobierno, que él es el encargado de velar por la seguridad de los bienes y de las personas, de dar las leyes, de castigar el crimen y premiar la virtud...."

"¡Ah, si antes hubiera yo leído REGENERACION!," decía Pedro, y en la pocilga escueta resonaba su voz como en el fondo de una caverna: "si antes hubiera leído REGENERACION, otra cosa habría sido de mí y de los míos."

El viento se filtraba por las rendijas del tugurio, gimiendo como si llevase los lamentos de los esclavos que nacen, viven y mueren, sin conocer otra cosa de la vida, que la miseria y el dolor. A lo lejos aullaba

un perro; un pájaro nocturno hacía más triste el luto de la noche con su canto fúnebre.

Pedro continuaba leyendo, y, mientras leía, en su mente acariciaba una idea: comprar un rifle; y apartando por momentos la vista de las apretadas líneas del periódico, pensaba, pensaba, pensaba. No era viejo; no tenía más que veinticinco años de edad; pero él creía haber perdido mucho tiempo para la lucha por el ideal. "¡No dejaré un burgués con vida tan pronto como pise territorio mexicano!," gritó con ardor, y su voz vibró como un clarín llamando a combate a los esclavos decididos a ser hombres.

El viento sollozaba en las rendijas del cuchitril, como si fuera el rumor del llanto, y de los suspiros, y de las quejas, y de los ayes de los hombres, de las mujeres, de los ancianos y de los niños proletarios que nacen, viven y mueren sin conocer otra cosa que la miseria y el dolor.... Afuera, los hilos telegráficos, sacudidos por el viento, lanzaban notas quejumbrosas. Un gallo cantó a lo lejos; una pareja de gatos denunciaba, en las sombras, sus ruidosos amores.

Pedro continuaba leyendo, y pensaba, pensaba, pensaba. "¡Tendré una bala para cada representante de la Autoridad tan pronto como esté en México!," gritó, y su voz resonó como el estallido de la metralla en las trincheras del enemigo....

Poco tiempo después de esta noche, en que el cerebro de un hombre se iluminó con una luz nueva, un destacamento carrancista se rebeló contra la autoridad de Venustiano Carranza, desconociendo Gobierno, Capital y Clero.

Sucedió que Pedro, convertido en apóstol de la Buena Nueva, marchó hacia territorio dominado por el carrancismo, se presentó en un campamento carrancista y sentó plaza de soldado. Una vez entre aquellos rebeldes dió rienda suelta a sus pensamientos generosos. "Hermanos, decía, ¿por qué hemos de echarnos encima el yugo de otro Gobierno?" Y proseguía: "Ya que tenemos las armas en las manos, acabemos de una vez con el principio de Autoridad, con el Capital y con el Clero." Entonces, sacando de su bolsillo un librito rojo, lo leía a sus compañeros de armas, ya que no de ideales. Era el Manifiesto del 23 de septiembre de 1911. Los rebeldes escuchaban al apóstol, y la opinión se iba generalizando, de que, si se quiere que la revolución dé buen fruto, es preciso que el pueblo, durante la misma, esto es, durante la lucha armada, tome posesión de la tierra, de la maquinaria y de los medios de transportación; pues si espera a que un Gobierno haga feliz al pueblo, eso nunca se conseguirá porque el Gobierno no tiene otra misión que la de dar protección a los ricos, con perjuicio de los pobres. Y los rebeldes carrancistas pensaban, pensaban, pensaban. Uno se acordaba de cómo una vez que los obreros de su distrito se declararon en huelga solicitando unos cuantos centavos más de salario y un menor número de horas de trabajo, el Gobierno envió tropas para ametrallarlos y hacerlos reanudar sus labores en las mismas condiciones de antes. Otro trajo a su memoria la suerte de Juan, en su pueblo, que fué sacado de su jacal a altas horas de la noche por la Acordada, y acribillado a balazos, como un perro, a la vuelta de un camino, por no haber permitido que el dueño de la hacienda saciara sus apetitos carnales en la persona de la compañera de su vida. Otro más recordaba al pobre Santiago, el vaquero cargado de familia, que fué enviado a las filas y murió de malaria en la Tierra Caliente porque no permitió que el patrón le robase su salario. Cada uno de aquellos rebeldes tenía más de un recuerdo de cómo la Autoridad protege al rico con perjuicio del pobre, y en cada uno de aquellos pechos, endurecidos por las privaciones y el sufrimiento, ardía un fuego de venganza. "¡No queremos más gobierno!," gritaron, y su grito repercutió en los cantiles de la sierra como un trueno. "¡Muera el Capital; muera el Clero!," repitieron, y las voces formidables rodaron por las cañadas hasta perderse en la llanura.

Los oficiales se apercibieron del motín y acudieron en tropel a imponer el orden. Unos cuantos dispa-

ros dieron fin a esos oficiales, y los nuevos libertarios, con la bandera roja en alto y enardeciendo el ambiente con las notas heroicas de "El Hijo del Pueblo," emprendieron la marcha hacia la conquista de Tierra y Libertad.

(De "Regeneración," del número 175, fechado el 7 de febrero de 1914.)

¿PARA QUE SIRVE LA AUTORIDAD?

Aquel día Juanito y Luisita, los hijos de Rosa, no pudieron dejar la cama: la fiebre los devoraba. Rosa se retorcía los brazos de desesperación ante el dolor de aquellos pedazos de su carne. Hacía tres semanas que la habían despedido de la fábrica: hay sobra de brazos en el mercado del trabajo. En vano rascaba el fondo de los cajones y removía trebejos y cachivaches: ni un centavo en los primeros, nada de valor en los últimos. Y en la mesa no había un pedazo de pan ni una taza de café, y los niños, enrojecidos por la fiebre, agitaban sus bracitos fuera de las sábanas en solicitud de alimento. La puerta se abrió bruscamente, y unos individuos vestidos de negro, con legajos de papeles debajo del brazo, penetraron en la estancia sin ceremonia de ninguna clase: eran el notario y sus escribientes, y ayudantes que iban a cumplir los mandatos de la ley. Rosa no había pagado al burgués el alquiler del cuchitril por estar en la miseria, y los representantes de la Autoridad iban a ponerla en medio de la calle.... ¿Qué contestaría Rosa si se la preguntase si la Autoridad es buena para los pobres?

*

* *

En medio del trajín y de la confusión de la calle de los negocios, un burgués, de repente, agita los brazos y grita: ¡Ladrón! ¡Ladrón! De un ojal del chaleco oscila una cadena sin reloj. La gente se arremolina; los representantes de la Autoridad, bastón en mano, se abren paso entre la muchedumbre; pe-

ro ¿dónde está el ladrón? Todos los que se encuentran cerca del burgués están vestidos con elegancia. Pedro, después de buscar inútilmente trabajo toda la mañana, acierta a pasar por el lugar del robo, se acerca a la multitud tratando de inquirir el porqué de tanta excitación, y en esas diligencias estaba cuando siente que una mano vigorosa lo agarra del cuello, y una voz altanera le grita: "¡Acompáñame, ladrón!" Es un policía. ¿Pudiera decir Pedro que la Autoridad es buena para los pobres?

*
* *

José se siente fatigado. Ha caminado todo el día dirigiéndose a la ciudad en busca de trabajo. Rendido, se sienta en la banca de un parque. Al poner en reposo sus miembros, se queda dormido. Una violenta sacudida lo despierta: es un representante de la Autoridad, que le reconviene por el "delito" de quedarse dormido. José presenta sus excusas lo mejor que puede, y el funcionario policíaco le ordena salir del parque. José camina, camina hasta que, rendido, se sienta a la orilla de la banqueta de una calle apartada, quedándose nuevamente dormido y sufriendo, por segunda vez, una sacudida con la que le da la bienvenida un representante de la Autoridad, quien le ordena ponerse en pie y marcharse. José explica su situación al polizonte: hace tres meses que no trabaja porque hay abundancia de esclavos, y ha sido necesario para él caminar de lugar en lugar en busca de un burgués que lo explote. El representante de la Autoridad le dice que sólo los holgazanes no encuentran trabajo; le encadena las manos y lo conduce a la cárcel, donde se le pondrá a trabajar en beneficio de la Autoridad. Entretanto los viejos padres de José, y su familia, languidecen de hambre en el pueblo de donde salió. ¿Podrá decir José que la Autoridad es buena para los pobres?

*
* *

Un tranvía le troza las dos piernas a Simón cuando éste se encaminaba al lugar del trabajo. Simón arregla con un abogado el pagarle tanto más cuanto si logra que la compañía le indemnice los perjuicios sufridos. La indemnización que debiera recibir Simón es crecida; pero los abogados de la compañía se ponen de acuerdo con el abogado de Simón y los polizontes que presenciaron el caso, para dejar a la víctima sin parte, y repartirse, entre ellos, el dinero. Simón y la familia de Simón tendrán que vivir de la mendicidad y de la prostitución, so pena de perecer. ¿Pensará Simón que la Autoridad es buena para los pobres?

*
* *

La vida de la hacienda es insufrible para Lucas y su familia. El amo quiere robarle el afecto de su compañera; el hijo del amo quiere estuprar a su hija; los mayordomos son muy insolentes; el salario que se gana es de hambre. Lucas decide marcharse con su familia; pero hay que hacerlo a escondidas del amo, que, como es sabido, es señor de vidas y haciendas. Se efectúa la marcha; pero para caer entonces en las garras de la Autoridad, avisada por el amo de la "fuga" de los esclavos. Las mujeres son devueltas a la hacienda, donde quedan a merced de los apetitos del amo y del hijo del amo, mientras a Simón se le envía al cuartel como hombre de "pésimos antecedentes," según la declaración del amo. ¿Pudiera decir Simón que la Autoridad es buena para los pobres?

*
* *

Los caminos se han descompuesto con las lluvias torrenciales. Los burgueses necesitan que los caminos sean repuestos lo más pronto posible para que sus

carros, sus automóviles, sus grandes atajos puedan transitar con facilidad. La Autoridad, entonces, echa mano de todos los varones de la clase trabajadora que hay en la comarca, y los obliga a trabajar en la reparación de puentes, en construir presas, en echar bordos, sin paga de ninguna clase, para que los burgueses puedan seguir haciendo negocio, mientras las familias proletarias se muerden los codos de hambre. ¿Podrán decir esos proletarios que la Autoridad es buena para los pobres?

*
* *

¿Para qué necesitamos los pobres la Autoridad? Ella nos echa al cuartel y nos convierte en soldados para que defendamos, fusil en mano, los intereses de los ricos, como ocurre en estos momentos en Cananea, en que los soldados están resguardando las propiedades de la compañía para que los huelguistas no las reduzcan a escombros; ella nos hace pagar contribuciones para mantener presidentes, gobernadores, diputados, senadores, polizontes de todas marcas, empleadillos de todo género, jueces, magistrados, soldados, carceleros, verdugos, representantes diplomáticos y toda una cáfila de zánganos, que sólo sirven para oprimirnos en beneficio de la clase capitalista. Los pobres no necesitamos nada de esa polilla, y debemos zafar el hombro para que ruede por tierra el sistema burgués; y tomando desde luego posesión de la tierra, de las casas, de la maquinaria, de los medios de transporte y de los comestibles y demás efectos almacenados, declarar que todo es de todos, hombres y mujeres, según lo expuesto en el Manifiesto de 23 de septiembre de 1911.

¡Abajo la Autoridad, hermanos desheredados!

(De Regeneración," del número 195, fechado el 11 de julio de 1914.)

UNA MUERTE SIN GLORIA

Hacía una semana que los camaradas se habían lanzado a la Revolución, y Pedro se sentía triste. El deseaba estar al lado de aquellos leones que, rifle en mano, se encontraban en el campo de la acción luchando por la libertad humana. Se acordaba de la última reunión que tuvieron en su casa humilde de trabajador. Había sido en la noche; el aire frío se colaba por todas las rendijas, como para refrescar aquellos ánimos exaltados. José, el rezagador de la mina, hablaba con entusiasmo. "Compañeros —dijo acariciando un vaso de vino—, a morir sin gloria aplastado por la mina para engordar al burgués, a morir en el campo de la acción en defensa de nuestros derechos como productores de la riqueza social, prefiero esto último," y, llevando a sus labios el vaso, bebió el contenido de un sorbo.

El aire tenía un quejido en cada resquicio, como si todas las víctimas de la explotación y de la tiranía se hubieran congregado aquella noche alrededor de la casucha para hacer oír sus penas. Los coyotes aullaban melancólicos en la colina cercana, trasijados y nerviosos. El tecolote inquietaba, con sus notas lúgubres, a los pajarillos en sus nidos.

Juan, el peón ferroviario, corpulento y falto de palabras, abrazó a José y dijo: "Voy contigo," al mismo tiempo que caían de la mesa algunos platos, sacudida por la rudeza de las efusiones del peón. El gato despertó asustado; en la pieza contigua lloró un niño: la lámpara de petróleo bostezó un humo espeso y hediondo.

José llenó de nuevo su vaso. Todos parecían poseídos de ese ardor propio de los corazones genero-

sos que laten por un grande ideal. El Manifiesto de 23 de septiembre de 1911, encuadernado en rojo, brillaba sobre la mesa proletaria, como un ascua. "¿Cuántos más vamos?," preguntó José. Todos se pusieron en pie para significar que todos estaban dispuestos a lanzarse a la lucha. Sólo Pedro permaneció sentado. Las miradas asombradas de sus camaradas se volvieron hacia él, que, con la frente entre las manos, lloraba....

"Tienes miedo, ¿eh?," dijo brutalmente Santiago. el pastor de borregas, haciendo una mueca de desprecio.

Todos veían a Pedro con lástima: la escena era singularmente penosa. De la pared pendía un retrato de Praxedis G. Guerrero. El mártir, en actitud pensativa, miraba fijamente a aquel bello grupo de hijos del pueblo que se disponía a seguir sus huellas luminosas.

Pedro, emocionado hasta el llanto, se levantó vacilante como un borracho, a pesar de que él no había probado el vino —era temperante— y, con voz apagada, dijo: "Yo no puedo ir con vosotros; Marta, mi compañera, se opone a que os acompañe: ella dice que tengo la obligación de mantener a nuestros hijos. Yo me quedo."

El frío arreciaba según avanzaba la noche, y el viento, quejumbroso, se lamentaba en cada rendija. Manuel, el obrero tabaquero, tosía, y de su pecho oprimido se escapaba un rumor parecido al del agua hirviendo en una marmita. Todos se habían sentado, menos él. Quería hablar; pero la tos ahogaba sus palabras. Por fin, exclamó: "Sí, marchemos a la lucha, compañeros." Tosió, escupió una masa viscosa y sanguinolenta, y prosiguió: "En la mina morimos aplastados; en el taller nos espía la tisis; en el campo se muelen nuestros riñones; el andamio nos traiciona y nos despide al espacio; la cantera machaca nuestros huesos; la maquinaria nos mutila.... ¡todo en beneficio del burgués! ¿Por qué no, mejor, perder la vida combatiendo por nuestros derechos de productores que somos? ¿Por qué no, mejor, empuñar

el rifle para arrebatar de las manos de la burguesía infame la riqueza natural y la que hemos producido nosotros mismos?"

Praxedis, desde su cuadro, presidía aquella reunión de héroes. El viento helado continuaba quejándose a través de las hendeduras. Manuel tosió, y su tos pareció que provenía del fondo de un cántaro. "¿Oís?," gritó; "el viento nos trae los lamentos de todos los que sufren; el llanto del niño, que quiere pan; la angustia del hijo ante sus ancianos padres, moribundos por falta de alimentos; el sufrimiento de la prostituta, forzada a vender su carne para llevar a sus hijos un mendrugo; el suspiro del presidiario, que se pudre en un rincón de su calabozo; la respiración fatigosa de los proletarios, que amasan, con su sudor y con su sangre, la fortuna del señor. ¡Rebelémonos!" "¡A la lucha!," gritaron todos, y de aquellos pechos abnegados brotaron heroicas las notas de La Marsellesa Anarquista:

"A la revuelta, proletarios;

"Ya brilla el día de la redención......"

Las nubes se teñían de rosa, como avergonzadas de haber sido sorprendidas en su lecho por el Sol. Alboreaba; el tecolote había huído, espantado por la cercanía del día, y los pajarillos cantaban alegres, dichosos por la desaparición de su verdugo; los coyotes se escondieron en sus madrigueras, y el gato, roncando en su rincón, contraía nerviosamente la piel, mortificado por las moscas.

Desde entonces todo fué triste para Pedro. El fué el único que se quedó. Aquel día su tristeza se había quintuplicado. Muy de mañana se levantó y se dirigió a la mina. Sentía que se le oprimía el corazón. Mi deber —pensaba— era haber marchado con ellos. La mina puede desplomarse cualquier día y sepultarme bajo sus escombros, y entonces, ¿qué? Entonces quedaría mi familia sin pan, de la misma manera que habría quedado si me hubieran matado los

defensores del sistema capitalista en los campos de la acción.

La negra boca de la mina se abría a sus pies, como la de un monstruo hambriento que bosteza impaciente por su ración de carne humana. Pedro echó una mirada a su alrededor, lanzó un suspiro y bajó a su trabajo.

. . . .

Cinco horas después, unos hombres enmarañados y taciturnos depositaban, a los pies de Marta, el cuerpo machacado de Pedro. Una roca lo había aplastado como a un ratón. ¡Una muerte sin gloria!

(De "Regeneración," del número 207, fechado el 9 de octubre de 1915.)

EL TRIUNFO DE LA REVOLUCION SOCIAL

Juan está de plácemes: acaba de ver en un diario la noticia, procedente de Wáshington, sobre que Carranza ha sido reconocido como jefe del Poder Ejecutivo de la República Mexicana. Abraza efusivamente a Josefa, su mujer; besa a su hijito y, gritando casi, dice:

—¡Ahora la paz será un hecho! ¡La miseria terminará! ¡Viva Carranza!

Josefa se queda con la boca abierta, mirando atentamente a su marido; no comprende cómo, por el mero hecho de subir al Poder un nuevo Presidente, pueda tener fin la miseria. Lanza una mirada circular por el cuarto, el cuarto de una vecindad del callejón del Tepozán, de la ciudad de México, y suspira. Todo lo que la rodea es miserable: las sillas de tule desfondadas; las hornillas del brasero, sin una raja de carbón; el camastro luciendo las sábanas, que ostentan dibujos caprichosos a manera de mapas, producto de los desahogos corporales del chiquitín; sobre la mesa inválida arde un cabo de parafina en el cuello de una botella surcada de arriba abajo por los espesos lagrimones del combustible derretido.

Sin darse cuenta de que su mujer no le ha entendido, grita Juan:

—¡Una era de prosperidad y de libertad se abre ante el pueblo mexicano! ¡Viva Carranza!

Josefa abre desmesuradamente los ojos. Decididamente no comprende qué relación pueda haber entre le exaltación de un individuo al Poder y la muerte de la miseria, y se sumerge en hondas reflexiones hasta que un piojo, el más hambriento tal vez de los innumerables que pueblan su cabeza, de un terrible

piquete la vuelve a la realidad. Se rasca con furia, con ardor, con frenesí, al mismo tiempo que, con voz debilitada por los prolongados ayunos, dice a su marido:

—Pudieras decirme, Juan, ¿qué es lo que los pobres vamos a ganar con la subida de Carranza a la Presidencia?

—Vamos, Josefa, ¿qué no entiendes todavía esas cosas? Vamos a ganar leyes que beneficien al trabajador; los que tengamos afición por los trabajos agrícolas, recibiremos tierras de manos del Gobierno; en fin, gozaremos de libertad y de bienestar.

En los labios de Josefa se dibuja una sonrisa que traduce la amargura de su corazón. Aunque pobre, había tenido oportunidad de leer algo sobre Historia de México, y recuerda que todos los presidentes, antes de alcanzar el alto puesto público, juraron, mil y mil veces, dedicar todos sus desvelos en favor del pueblo. Así rezan las proclamas de Iturbide, los manifiestos de Bustamante, los bandos de Santa-Anna, y las proclamas, manifiestos, bandos y circulares de Zuloaga y Comonfort, de González y de Díaz, de todos, en una palabra, incluyendo a Madero. Todos juraron hacer feliz al pueblo, y el pueblo fué desgraciado bajo todos ellos.

Una chinche camina lentamente a lo largo de la pared, como para matar el tiempo dando un paseo, mientras deciden acostarse aquellas pobres gentes, víctimas del sistema capitalista. Josefa la ve, y, con una destreza que deja adivinar una larga práctica, la embarra con la yema del dedo, dejando una huella bermeja en la pared. La mísera mujer lanza una mirada casi compasiva a su marido, mirada que parece decir: ¡pobre esclavo! ¿Hasta cuándo abrirás los ojos?

Juan está radiante de alegría, y, agitando el periódico por lo alto, exclama:

—Orden constitucional, esto es, las garantías individuales, respetadas; las prerrogativas del ciudadano, sin trabas; justicia imparcialmente administrada; sufragio libre; no reelección; honradez en los

funcionarios públicos, ¿qué más quieres, mujer? ¿Por qué pones cara de duelo?

Josefa replicó:

—Todo eso suena muy bonito; pero el pan, ¿quién nos dará el pan?

—¡Ja, ja, ja! Para esto tengo brazos, dijo riendo Juan, y agrega: sólo los flojos se mueren de hambre.

Josefa deja caer los brazos con desaliento. Decididamente —piensa— Juan es un perfecto borrego. Varios piquetes de piojos la hacen rascarse con desesperación hasta hacerse brotar la sangre. De repente se dejan oír repiques: son las campanas de la parroquia de Santa Ana; del rumbo de Tezontlale llega el rumor de gritos, el estallido de los cohetes, el repique de las campanas que todos los templos echaron a vuelo, mezclados con las notas triunfales de un pasodoble que ejecuta una banda militar, acaban por entusiasmar a Juan hasta el delirio, y, tomando su sombrero, se marcha a la calle a dar rienda suelta a su exaltación, gritando a voz en cuello: ¡Viva Carranza!

Son los trabajadores carrancistas que celebran el reconocimiento del gobierno de Carranza, extendido por los Gobiernos extranjeros, representantes de sus respectivas burguesías.

*

* *

Ha pasado un mes. Juan trabaja, pero su situación no varía; su miserable salario apenas basta para que él, Josefa y el chicuelo no mueran materialmente de hambre. Las mismas sillas desfondadas; el mismo miserable camastro con sus mapas; la pobre mesa no ha podido ser jubilada; en el brasero no se cuece una buena sopa; las rajas de carbón cuestan tanto como si fueran de oro; mayor número de estrías sangrientas en las paredes indican que las chinches no han perdido la costumbre de dar un paseo antes de comer; los piojos sacan lumbre a la pobre Josefa.

—¡Cuánto hemos ganado con el encumbramiento de Carranza! ¿Verdad, querido Juan?—dice Josefa con cierta sorna.

Juan se rasca la cabeza atormentada por los piojos y la decepción: ¡él creía que Carranza en el Poder era tanto como abundancia en el hogar. Sin embargo, no se da por vencido y exclama:

—Es imposible que en un mes pueda un Gobierno hacer la felicidad del pueblo. Démosle tiempo para que pueda implantar las reformas que beneficiarán a las masas, y entonces ya veremos.

*
* *

Ha pasado un año. La condición de Juan es la misma de antes. Es cierto que los salarios son ahora más elevados; pero el dueño de la casa ha aumentado los alquileres de los cuartos; los comerciantes han subido los precios de los artículos de primera necesidad; la ropa es más cara ahora que lo era antes. No trabaja ahora más que ocho horas al día; pero en ese término tiene que hacer lo mismo, exactamente lo mismo que antes hacía en doce, catorce y aun dieciséis horas.

*
* *

Josefa tiene en las manos un ejemplar de REGENERACION, que lee con marcado interés, y sólo abandona la lectura por instantes, cuando las picaduras de los parásitos hacen absolutamente indispensable la intervención de las uñas. Juan recorre el cuarto de arriba abajo visiblemente agitado, teniendo en una mano un cuadernito rojo, cuyo color es la única nota alegre en aquel obscuro pozo de miseria, de mugre y de tristeza: es el Manifiesto del 23 de septiembre de 1911.

De repente Juan interrumpe sus paseos y, dándose una palmada en la frente, exclama:

—¡Qué majadero he sido, y conmigo todos los trabajadores que apoyaron a Carranza! Henos aquí en la miseria, en la última miseria, a pesar de que nos deslomamos en el trabajo lo mismo que antes de que

se encumbrara ese viejo bribón. Lo de los repartos de tierras resultó ser la más grosera engañifa, pues hay que pagar el pedazo que le conceden a uno; lo de las leyes protectoras del trabajador no es más que protección al Capital, porque el burgués se da maña para desquitarse de alguna manera de lo que pierde en lo que se nos concede; lo del orden constitucional no aprovecha a los pobres que seguimos siendo, en virtud de nuestra miseria, los mismos parias de antes. ¡Muera Carranza!

—¡Muera todo Gobierno!—grita Josefa, agitando como una bandera el ejemplar de REGENERACION que tiene en la mano.

—¡Viva la Anarquía!—grita Juan agitando el cuadernito rojo, de cuyas páginas brotan frescuras de juventud, efluvios de primavera, bálsamo de esperanza y radiaciones de sol para todos los que sufren, para todos los que suspiran, para todos los que arrastran su existencia en los negros abismos de la esclavitud y la tiranía.....

Por primera vez el cuarto sórdido se ennoblece, porque sirve de abrigo a una pareja de leones y a un cachorro.

*
* *

Han pasado varios días. Las barricadas de la Capital ofrecen un aspecto formidable. Los barrios de la Merced, Curtidores y Manzanares, unidos, han levantado una barricada en dos horas. Hombres, mujeres, ancianos, niños y aun inválidos se habían puesto a la obra. El feo edificio del mercado de la Merced, ha proporcionado la mayor parte del material. Detrás de la barricada se encrespa un mar de sombreros de palma. Los huaraches y los toscos zapatones de los defensores, pisan enérgicamente la negra tierra, orgullosa ahora de servir de pedestal a una pléyade de héroes. Esperan por momentos el ataque de las fuerzas del Gobierno. Todo es actividad dentro de la barricada: las mujeres hacen hilas; los hombres limpian sus rifles; los niños reparten parque

a aquellos campeones del proletariado. Una bandera roja, ostentando en letras blancas esta inscripción: "Tierra y Libertad," sonríe al sol en lo alto de la barricada, enviando desde aquella cumbre su saludo a todos los desheredados del mundo. El proletariado de la Capital está en armas contra el Capital, la Autoridad y el Clero.

*

* *

Los proletariados del Rastro y San Antonio Abad no se muestran menos activos. Los matanceros afilan sus cuchillos, probándolos con la yema del pulgar. Las calles adyacentes al Rastro y la Fábrica de Hilados y Tejidos se encuentran desnudas de empedrado: todos los materiales han sido buenos para la construcción de la barricada; mesas, cacharros, pianos, vestidos, colchones, todo ha ido a caer en aquel montón de objetos en confusión horrible, para servir de resguardo a los nobles pechos de sus defensores.

Belén y el Salto del Agua; San Cosme y Santa María de la Ribera; San Lázaro y San Antonio Tomatlán; la Bolsa y Tepito; San Juan, Nonoalco, Santa María la Redonda, la Lagunilla, todos los barrios populares de la populosa ciudad han vaciado sus vecindades, y sus moradores, embellecidos por el fuego revolucionario, se preparan a resistir el ataque de los esbirros carrancistas; las barricadas brotan de tierra en un abrir y cerrar de ojos. La barricada de San Lázaro y San Antonio Tomatlán ostenta en su cumbre una bandera singular: es una enagua vieja, rasgada, mugrienta. ¡Es la bandera de la miseria! Es el harapo desafiando al mundo de la opresión y del privilegio. Mientras la hilacha no se desprende del cuerpo del proletariado, el señor está tranquilo; pero cuando aparece atada en la punta de un palo, el mundo se estremece.

*

* *

Pero si en todas las barricadas se nota entusiasmo, a la barricada de los barrios de Peralvillo, Santa Ana y Tezontlale, unidos, ninguna supera en actividad, entusiasmo, audacia y celo revolucionario. Juan y Josefa no se dan punto de reposo. Ennegrecidos por el polvo, se ven hermosísimos, sudorosos, jadeantes, recorriendo de arriba abajo la barricada, comunicando energía y entusiasmo a sus defensores. De repente un clamoreo formidable, seguido de descargas cerradas de fusilería y toques de clarín, se dejan oír por el rumbo de la Concepción Tequipehuca.

—¡Son los de la Bolsa y Tepito que se baten! -grita Juan arrojando al aire su sombrero.

Pocos instantes después el rugido de los cañones; el ruido de las descargas de fusil; el batir de los tambores; los gritos coléricos del clarín; los aires marciales de las bandas de música, se confundían en un solo estruendo en toda la ciudad: era que todas las barricadas estaban siendo atacadas a un mismo tiempo por las fuerzas carrancistas.

Juan y Josefa trepan a lo alto de la barricada, desde donde ven que una gruesa columna carrancista se aproxima a paso de carga por las calles de Santo Domingo.

—Ya se acerca el enemigo, camaradas—gritan a un mismo tiempo—, que cada quien escoja el lugar que más le acomode para la defensa de nuestro baluarte.

En un instante la barricada se corona de fusiles. El enemigo emplaza dos cañones en la bocacalle de Santa Catarina y las Moras, mientras parte de la columna continúa avanzando sobre la barricada, que se encuentra en la bocacalle.

Una voz imperiosa sale de la columna que se encuentra ya a cien pasos de distancia de la barricada:

—En nombre del Supremo Gobierno, ¡rendíos!—dice.

—¡Viva Tierra y Libertad!, contestan los de la barricada.

Las descargas de fusilería se suceden rápidas por ambas partes; los cañones dirigen sus proyectiles al centro de la barricada, para abrir brecha; el humo satura la atmósfera hasta hacerla irrespirable; el ataque es furioso; la resistencia es formidable; los

esbirros de Carranza acompañan sus disparos con palabras injuriosas; los proletariados, defensores de la barricada, cantan:

"Hijo del pueblo, te oprimen cadenas,
Y esa injusticia no puede seguir;
Si tu existencia es un mundo de penas,
Antes que esclavo, prefiere morir."

Y las notas de ese himno magnífico; de ese himno común a todos los oprimidos del mundo; de ese himno que condensa los amargos martirios de la plebe y sus santas ansias de redención; de ese himno que es al mismo tiempo queja, protesta y amenaza, se esparcen a los cuatro vientos como una invitación hecha a la dignidad y al honor.

. . . .

Al día siguiente los proletarios de la ciudad de México celebraban el triunfo de la Revolución Social. El sistema burgués había muerto.

(De "Regeneración," del número 209, fechado el 23 de octubre de 1915.)

LA LIBERTAD BURGUESA

I

Son las once y media de una noche invernal del Valle de México, en que parece que, de un momento a otro, va a realizarse el prodigioso espectáculo de la caída magnífica de todas las estrellas en una lluvia de diamantes.

Los barrios de la Capital duermen el mismo sueño pesado de sus moradores, gente laboriosa que pasa las horas todas de los bellos días mexicanos en la penumbra de los talleres y de las fábricas, amasando la riqueza del burgués, y las noches espléndidas en las tinieblas de sus viviendas, más que humildes, misérrimas. Ni un transeúnte en el barrio de Santiago Tlaltelolco, con excepción de la presencia fugaz, por sus calles polvosas, de la patera que pasa anunciando su mercancía en un grito melancólico, cuyas cadencias parecen encerrar las tristezas, las amarguras, los tormentos de una raza mártir: "Paaatooo coooiiidooo, toortía con chiii......"

Hace frío; en las bocacalles parpadean las linternas de los "tecolotes;" un hombre da golpecitos, al parecer convencionales, a la puerta mugrosa de una accesoria de la calle del Puente de Tres Guerras; la puerta se abre como una boca enorme que bosteza en las tinieblas, y un olor de miseria sale del interior; el hombre entra resueltamente y la puerta se cierra tras de él.

II

Aquella accesoria es la vivienda de Melquiades, el obrero tejedor, donde se encuentran reunidos veintidós trabajadores. Al entrar el recién llegado, todos se

apresuran a estrecharle la mano. ¡Cuánto había tardado! Ya estaban desesperados; algunos ya se habían marchado a sus casas. El recién llegado explica lo mejor que puede el motivo de su tardanza: había tenido que salir de la ciudad al arreglo de asuntos importantes del sindicato obrero, del que es organizador. En un rincón, dos obreros sentados en cuclillas hablan en voz baja.

—Te puedo apostar, "mano," que ése ha pasado el tiempo en el lupanar, y viene a contarnos ahora que ha andado fuera de la ciudad en asuntos de su sindicato. Ese viste bien, come mejor, no se desloma como nosotros, porque gana su buen sueldote como organizador. Ese ya está emancipado, ¿Qué puede importarle nuestra suerte? ¿Crees que pueda sentir como siente el trabajador, el funcionario de un sindicato obrero? El sabía que iban a ser tratados aquí asuntos importantísimos para la suerte de la clase trabajadora, y, sin embargo, viene tarde. Bien se ve que no tiene prisa en que nosotros nos emancipemos, porque si nos emancipamos, ¡al demonio se irá la unión por innecesaria!, y los funcionarios de ella tendrán que trabajar para vivir, como cualquier mortal lo hará cuando hayamos logrado derribar el sistema que nos aplasta.

—Tienes razón, "manito" —dice el otro—; el funcionario de una unión o sindicato siente como burgués, y, por lo tanto, tiene interés en que se retarde nuestra emancipación.

Todos hablan al mismo tiempo, reanimados con la llegada del organizador. El tiempo vuela, hay que arreglar el asunto que se tiene entre manos. Melquiades levanta el brazo derecho como para indicar que tiene algo que decir. Se hace el silencio. Melquiades se aprieta el ceñidor, escupe y dice con una entonación de voz que refleja la sinceridad de un noble corazón proletario:

—Compañeros: como os explicamos en la circular que os enviamos los miembros del Grupo "Humanidad Consciente," este mitin tiene por objeto determinar qué actitud debemos asumir los trabajadores ante la falta de cumplimiento de las promesas que nos

hiciera el Partido Constitucionalista cuando ese partido aspiraba al Poder y necesitaba de nuestra ayuda, ayuda que consiguió, pues muchos miembros de la clase trabajadora derramaron su sangre en los campos de batalla por la bandera constitucionalista, y muchos, también, acudieron a los comicios a depositar su boleta electoral en favor de Carranza. Pues bien, compañeros: hace mucho tiempo que tenemos gobierno carrancista y todo sigue lo mismo que antes de la Revolución, o mejor dicho, todo sigue peor que antes, porque ahora pesa sobre los hombros del trabajador no sólo la antigua deuda nacional, sino la nueva deuda, la contraída con los banqueros de los Estados Unidos para consolidar el gobierno carrancista, sin contar los centenares de millones de pesos que estamos pagando como indemnización a los burgueses nacionales y extranjeros que sufrieron perjuicios durante la Revolución. La miseria es extrema; la tiranía es peor que la que existía cuando dominó el odioso tirano Porfirio Díaz. En concepto de los trabajadores que formamos el Grupo "Humanidad Consciente," lo que se necesita es secundar el hermoso movimiento de los que no abandonaron las armas cuando subió al Poder Venustiano Carranza, y que luchan al grito de ¡Tierra y Libertad! ¡Sí, compañeros; adoptemos los principios del Partido Liberal mexicano y hagamos nuestro el Manifiesto de 23 de septiembre de 1911! ¡A la tiranía respondamos con la barricada; al hambre, con la expropiación! ¡Rebelémonos!

La audacia se estremece; unos, de miedo; otros porque aquella incitación directa a la violencia, como único medio para hacer efectivo un derecho, responde a deseos y a ideas acariciadas en secreto; pero nadie materializa con un sí ni con un no su aprobación o desaprobación. El "tecolote" de la esquina inmediata lanza al viento su silbato de alerta, y a ese silbato siguen otro y otros más de todos los "tecolotes" del barrio y de todos sus colegas de la enorme ciudad. El perro de la accesoria vecina, donde hay un velorio, aúlla lúgubremente; un castañero, embozado hasta los ojos, pasa anunciando su mercan-

cía con una voz que delata al aguardiente. Aunque nuestros hermanos de la accesoria no se dan cuenta de ello, las estrellas guiñan el ojo a nuestra madre Tierra en un parpadeo obstinado. El organizador, pálido, convulso, no sabe si tanto por el miedo de perder su posición privilegiada como por los efectos de su devoción a la parranda y a la orgía, o por ambas causas a la vez, exclama:

—¡Caramba! ¿Qué es lo que estoy oyendo? En verdad que te creía más sensato, Melquiades. Nunca la violencia ha dado otro fruto que sangre, lágrimas, dolor, luto. Puedo apostar a que has leído un maldito periódico que se llama REGENERACION, escrito por renegados, por embaucadores, por malos mexicanos, por despechados viles, por traidores a la patria, por explotadores, por bribones, por canallas que están engordando a expensas de los imbéciles que les llenan de oro los bolsillos, por cobardes que no tienen el valor de venir aquí a publicar un periódico anarquista o de ingresar a cualquiera de esas gavillas de bandidos que ellos aseguran, sin probarlo, que siguen sus principios. ¿Quién los conoce aquí? ¡Nadie!

Un ruido, como el que produce una hoja de papel al rozar en el suelo, hace que cerca de medio centenar de ojos se vuelvan hacia la puerta. En el piso hay un papel, un papel que aparece en escena para representar su papel. Uno de los del mitin lo toma en sus manos: ¡es REGENERACION! El periódico odiado por todos los falsarios; la hoja insigne temida por todos los tiranos; la publicación excelsa que es, a la vez, alimento para el bueno, veneno para el malvado. Una mano abnegada había deslizado el periódico por debajo de la puerta. Al frente del periódico se admira un dibujo de Nicolás Reveles, el artista ácrata, modesto, talentoso, rectilíneo en sus concepciones porque no se aparta del ideal anarquista. La hoja pasa de mano en mano, admirando todos la inspiración de Reveles. El organizador arrebata de las manos de uno de los trabajadores el periódico incendiario, y alzando los ojos al techo, desde donde

algunas arañas atisban el acto entre medrosas y picadas por la curiosidad, exclama, más *pálido aún:*

—¡No deja de haber propagandistas de *las malas* causas! La aparición de este periódico aquí, en estos momentos, revela que hay algún elemento magonista en la ciudad, que obra en cambio del oro que recibe de Los Angeles. ¿No lo creéis ahora? Esos hombres están riquísimos, y lo prueba el hecho de que hay miserables que por unos cuantos centavos se atreven a distribuir esta hoja infame. Compañeros: ¡nada de violencia! Todo lo podemos conseguir dentro de la ley, por la vía pacífica. Cuando haya en nuestros sindicatos tres millones de trabajadores unidos, entonces podremos adoptar resoluciones más enérgicas. Además, la clase trabajadora no está todavía capacitada para aprovechar ni las reformas que nuestro Gobierno tanto se afana por implantar. Todavía más, compañeros: la actitud de esos bandidos que han quedado con las armas en la mano, no da una oportunidad al Gobierno para que pueda hacer buenas las reformas que ofreció. Os invito a que organicemos una manifestación pública, que recorra las principales calles de nuestra ciudad, pidiendo, de una manera pacífica y ordenada, la pronta realización de todas las reformas ofrecidas por el movimiento constitucionalista. Así demostraremos al mundo entero que el obrero mexicano es culto.

Todos, con excepción de Melquiades y de los dos obreros del rincón, que en cuclillas murmuraban, aplauden a rabiar al organizador. La causa de la insurrección, como medio de qué valerse para arrancar de las manos de los verdugos del pueblo el pan y la libertad, estaba perdida, al menos por el momento. Sentimientos pacifistas, ideas pacifistas predominan en el ambiente caracterizado todavía ayer por la rebeldía y la protesta. Es el flujo y el reflujo de la Revolución; es la retirada momentánea de la onda revolucionaria, para regresar poco después, encrespada, magnífica, a dar un golpe más a la roca de la costa hasta lograr desmoronarla.

Melquiades, indignado, se arregla la faja, una de

cuyas puntas le llegaba ya a los talones; lanza una mirada de desprecio en torno suyo, mirada que responde perfectamente a la idea que se ha formado de aquellos hombres, y que podía traducirse de este modo: ¡borregos! Escupe con rabia al suelo, y desembarazándose la frente de un mechón que la cubría, grita:

—Yo solamente he encontrado una clase de hombres que odian a REGENERACION, y esos son los bribones. Todo aquel que lucha con desinterés por la emancipación humana, ama a REGENERACION. Los miembros del Partido Liberal mexicano no somos magonistas; somos anarquistas.

Todos discuten en voz alta, y el tiempo vuela, vuela, vuela. Son las seis de la mañana. El grito de ¡ja-le-ti-nas!, dado por un hombre que pasa a lo largo de la pared de la calle, hace que aquellos hombres se miren sorprendidos. Es demasiado; hay que disolver la reunión.. Al fin ya todo está arreglado: en vez de la barricada vengadora y redentora, la protesta borreguil en forma de parada o procesión por las calles. Todos se marchan, con excepción de Melquiades y los dos obreros que murmuraban en el rincón sentados en cuclillas. Los tres anarquistas se miran con tristeza, mueven lentamente la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, mientras por sus mentes pasa esta idea: este es el lastre maldito que los trabajadores avanzados estamos condenados a arrastrar, y que tanto retarda el triunfo del Ideal.

III

Como se aprobó, la manifestación tiene lugar. Desde las nueve de la mañana todo ha sido andar calles y calles. No ha habido incidentes mayores: todo se ha reducido a miradas burlonas sobre los manifestantes, lanzadas por los burgueses desde sus tiendas, bancos y casinos, miradas que sin duda querían decir: ¡pobres diablos! Podemos seguir cortándoles la lana por algún tiempo: ¡vivamos tranquilos!

IV

Son las doce del día; el sol brilla en todo su esplendor, que es privilegio del cielo mexicano estar de gala, alegre, risueño, amable, cuando otros cielos languidecen opacos, mustios, tristes como un corazón que siente hambre de amor y de ternura.

La procesión es larguísima. La cabeza asoma por la esquina Norte del Portal de Mercaderes, y todavía no sale la cola de la glorieta de Cuauhtémoc. Es aquel gentío un río caudaloso en marcha hacia no se sabe qué obscuro destino. El sol, en su inmensa bondad, juega con los colores de los estandartes; el conjunto de las cosas es alegre; pero los rostros de los manifestantes no revelan alegría; no parece, por la expresión de las caras, que aquellos trabajadores marchen a la conquista de un bien: es que tal vez, en lo íntimo de aquellos corazones, se siente que se marcha, no a conquistar la vida, sino al entierro de una ilusión.

V

La procesión marcha frente a la Catedral hasta llegar frente a la puerta Mariana del Palacio Nacional, donde la cabeza tuerce sobre su derecha y continúa la marcha frente al Palacio, donde se oculta el crimen en forma de gobierno para expedir sus decretos de opresión y de infamia. La cabeza está para alcanzar la esquina de la calle de Flamencos y portal de las Flores, cuando unos soldados de a caballo se paran enfrente de la procesión, interceptando su paso. Los manifestantes que vienen atrás, chocan contra los que van adelante al detener éstos su marcha. Un sordo murmullo de admiración y de sorpresa brota de aquella serpiente humana. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué significa aquello? La fantasía da vuelo a sus oropeles, y las suposiciones se multiplican como larvas en un estercolero. Es que Venustiano Carranza ha invitado a los directores obreros a conversar con él y conceder todo lo que se pide. Esta suposición es la que alcanza el favor general. Pero veamos lo que ocurre a la cabeza de la procesión.

VI

El oficial de los soldados pregunta a los que van a la cabeza quién les dió permiso para organizar aquella manifestación. Los que escuchan la pregunta se alarman. ¡Cómo!, pues ¿qué no había triunfado la Revolución y con ella las libertades políticas del ciudadano? ¿Para qué necesitaban permiso si se trataba del ejercicio de un derecho amparado por la Constitución?

No valen razones; el oficial ordena que se disuelva esa manifestación; algunos protestan y lanzan mueras a la tiranía; las aspilleras del Palacio Nacional se coronan de humo, y se escucha el ruido de una descarga cerrada sobre aquella multitud de trabajadores. Las descargas se suceden rápidamente, como si hubiera prisa de matar, de acabar con los productores de la riqueza social, de los trabajadores sencillos que no tuvieron fuerzas para levantar la barricada y morir como leones, y se prestaron a una farsa en la que perecieron como carneros.

La bandera tricolor flota orgullosa prendida de su mástil, presidiendo la hecatombe.

(De "Regeneración," del número 211, fechado el 6 de noviembre de 1915.)

VIDA NUEVA

* * *

—¿Qué hacemos ahora?—se preguntan los trabajadores, no sin cierta inquietud.

Acaban de tomar la ciudad a sangre y fuego. No quedan en ella ni un burgués, ni un sacerdote, ni un representante de la Autoridad, pues quien no pende de un poste telegráfico, yace en tierra, mostrando al sol sus gordas carnes muertas, porque estos audaces trabajadores comprenden que, si se deja escapar uno solo de estos parásitos, no tardará en regresar a la cabeza de una nube de mercenarios para darles, en la sombra, un golpe por la espalda.

—¿Qué hacemos ahora?—y la pregunta angustiosa es repetida por mil y mil labios convulsos, porque estos hombres, que no temen la metralla y saludan con entusiasmo el rugido del cañón enemigo que les envía la muerte en cada bala, se sienten tímidos en presencia de la Vida, que se les ofrece espléndida, bella, buena, dulce.

Los hombres se rascan la cabeza entre pensativos y huraños; las mujeres muerden la punta del rebozo; los chamacos, libres en su inocencia de las preocupaciones de los grandes, aprovéchanse de la ausencia del gendarme ido para siempre, e invaden fruterías, y por primera vez en su vida satisfacen, hasta el hartazgo, sus pueriles apetitos.

*

* *

Ante aquel espectáculo, la multitud se agita: son los niños quienes, en su candor, están enseñando a los grandes lo que se debe hacer. Más natural el niño, para obrar, como que su inteligencia no está corróm-

pida por las preocupaciones ni los prejuicios que encadenan la mente de los grandes, hacen lo que es justo hacer: tomar de donde hay. La multitud se mueve, y en sus vaivenes remeda un mar de sombreros de petate. El sol, nuestro padre, al besar los andrajos de la plebe dignificada, deja, generoso, en ellos, parte de su luz, de su oro, de su belleza, y aquellos trapos son banderas alegres de victoria.

En medio de aquel mar surge un hombre que parece el más viril de un barco en marcha hacia la Vida. Es Gumersindo, el campesino austero a quien se le acaba de ver en los lugares de mayor peligro con su guadaña en alto, segadora de cabezas de malvados, y símbolo, a la vez, del trabajo fecundo y noble. Gumersindo se tercia el sarape; la multitud calla; se puede oír la respiración de un niño. Gumersindo, emocionado, dijo:

—Los niños nos dan el ejemplo. Imitémosles. Lo indispensable es comer; que sea esa nuestra primera tarea. Tomemos de las tiendas y bodegas lo que necesitemos hasta saciar nuestro apetito. Compañeros: a comer por vez primera a nuestro gusto.

En un abrir y cerrar de ojos la multitud invade tiendas y bodegas, tomando cada quien lo que necesita; en otras secciones de la ciudad ocurre lo mismo, y por primera vez en la historia de la población no hay un solo sér humano que no satisfaga las necesidades del estómago. Una gran alegría reina en toda la ciudad. Las casas están vacías: todo mundo está en la calle; bandas de música improvisadas recorren las calles ejecutando aires alegres; todos se saludan y se llaman hermanos, aunque pocas horas antes ni se conocían; se baila en plena calle, se canta, se ríe, se grita, se chancea fraternalmente; se retoza a los cuatro vientos: ¡se acabaron los tiránicos reglamentos de policía!

*

* *

La noche llega; nadie piensa en dormir; la fiesta de la Libertad continúa, más alegre si cabe. Desorganizado el servicio municipal por la desaparición del

principio de Autoridad, hombres y mujeres de buena voluntad atienden el servicio del alumbrado público; desembarazan de cuerpos muertos las calles, y todo se hace alegremente, sin necesidad de órdenes superiores ni de reglamentos cuartelarios. Ya despunta el nuevo día, y la fiesta, la gran fiesta de la Libertad, no ofrece indicios de que va a terminar, ¿y para qué? La muerte de siglos de opresión merece ser celebrada, no con unas cuantas horas de expansión, ni con un día, hasta que el cuerpo, rendido del exceso de placer, reclame el reposo.

*

* *

Mientras la población entera está entregada a los placeres, placeres que jamás había soñado, los compañeros del grupo "Los Iguales," compuesto de hombres y de mujeres, trabaja día y noche.

Apenas duermen los nobles constructores del nuevo orden social. Sucios, barbados, abotagados por el continuo velar, véseles, sin embargo, activos, entusiastas, valientes. Sobre sus hombros descansa la gigantesca tarea de construir sobre los escombros de un pasado de esclavitud y de infamia. Aprovechan la sala de cabildos del extinto Ayuntamiento para celebrar sus sesiones. Ramón, el peón ferroviario, habla con entusiasmo. Casi no ha dormido durante cinco días, desde la toma de la ciudad por las fuerzas proletarias. Está radiante; su cuadrado rostro bronceado, en el que se leen la franqueza, la resolución, la audacia, la sinceridad, resplandece como si detrás de la obscura piel ardiera un sol. Suda; sus ojos brillan intensamente, y entre otras cosas dice:

—Por fin se divierte el pueblo; por fin se desquita de miles de años de dolor; por fin conoce los placeres de la vida! Gocemos con su dicha, como el padre se recrea viendo jugar a sus hijos. Que gocen nuestros hermanos, hasta que los rinda el placer. Entretanto nosotros laboremos: concluyamos los planes de reconstrucción social.

Las notas alegres de un vals que suben de la calle, hacen que todos los rostros se vuelvan hacia las ventanas. Termina el vals, y le sigue una explosión de gritos, silbidos, carcajadas y ruidos de toda especie, producidos por toda clase de objetos que se hacen chocar unos contra los otros.

—El pueblo se divierte —dice Ramón—; trabajemos nosotros.

Y los hombres y las mujeres del grupo "Los Iguales" prosiguen sus labores.

*

* *

Han pasado diez días desde que las fuerzas proletarias tomaron la ciudad, y la población entera descansa de las fatigas de una semana de placer en celebración de la Libertad. Grupos numerosos de proletarios se reúnen en las plazas preguntándose unos a los otros qué sería bueno hacer. Los compañeros del grupo "Los Iguales" han terminado sus planes de reconstrucción social, y tienen fijados anuncios en las esquinas de las calles, por los cuales invitan a los habitantes de las diversas secciones de la ciudad a que se reúnan en determinado sitio de cada sección para tratar asuntos de interés común. Todos acuden al llamado, pues todos están ansiosos de hacer algo. Para muchos el porvenir es incierto; para otros el horizonte es limitado; no faltan quienes crean que la cólera del cielo se descargará pronto sobre los hombres que ajusticiaron a los sacerdotes; el temor a lo desconocido es general; la inquietud comienza a murmurar.....

Los compañeros del grupo "Los Iguales" se encuentran repartidos en las distintas secciones de la ciudad, y en lenguaje sencillo explican al pueblo las excelencias del comunismo anarquista. La gente se arremolina. No quiere palabras: quiere hechos. Tiene razón: ¡se le ha engañado tanto! Pero no: esta vez no se trata de un engaño, y los oradores exponen con toda claridad lo que se debe hacer desde luego,

sin tardanza, sobre la marcha. Lo primero que hay que hacer es indagar, con la mayor exactitud posible, el número de habitantes que hay en la ciudad; hacer un inventario minucioso de los artículos alimenticios y vestuario que existan en los almacenes y bodegas, para calcular qué tanto tiempo podrá alimentarse y vestirse la población con los efectos que se tienen a la mano.

El problema de los alojamientos ha quedado resuelto en parte durante los días de fiesta de la Libertad, pues los mismos habitantes de la ciudad, por propia iniciativa, se alojaron en las residencias de los burgueses y de los parásitos de todas descripciones, desaparecidos ya para siempre. Quedan muchas familias habitando todavía casuchas y cuartos de vecindad; pero, al oír esto, saltan al frente los albañiles diciendo que allí están ellos para hacer tantas casas cómodas y bonitas como fueran necesarias. Ellos mismos, desde luego, sin necesidad de nadie que se los ordene, nombran comisiones para que se encarguen de ver qué número de casas es preciso construir sin tardanza para aquellos habitantes que todavía viven en vecindades y casuchas.

*

* *

Las murmuraciones cesan: lo que se está arreglando disipa temores y sospechas. No; "esto sí que es serio," se dice, y en los corazones renace la confianza, que, como una amable lumbre, desentumece entusiasmos, tan necesarios en toda humana empresa. Sobran hombres de buena voluntad que se prestan para hacer el censo de la población y para formar los inventarios de todos los artículos almacenados, pues no solamente se hace necesario inventariar artículos alimenticios y de vestuario, sino cuanto es útil para el uso doméstico y de la industria.

Los aplausos menudean, no tanto para premiar el mérito de los voluntarios como por esparcimiento del espíritu, pues estas gentes sencillas comprenden que el cumplimiento del deber no es un mérito, y el mar

de sombreros de petate se mece risueño bajo los rayos de un sol amable. Las mujeres se muestran satisfechas, vestidas de limpio, con las ropas tomadas de las tiendas; los chamacos suspenden de tanto en tanto sus retozos, acosados por furiosos cólicos delatores de fenomenales hartazgos; bandadas de pájaros pasan alegres sobre la muchedumbre, dejando una impresión de frescura, de salud, de juventud, de primavera. Todas las auroras son bellas, ¿por qué no había de ser bella esta aurora de la Libertad y la Justicia?

*
* *

Se suspendieron ayer los mítines para este día a las dos de la tarde. Los comisionados voluntarios están todos presentes; ni uno solo ha faltado: todos traen los datos exactos del número de habitantes que hay en la ciudad, así como de las existencias de artículos alimenticios y de otra naturaleza contenidos en las tiendas y bodegas.

El día es espléndido, día de abril al fin, en que todo es luz, perfume, color, juventud, amor. En los jardines, cuidados ahora por mujeres voluntarias, las flores muestran sus pétalos de seda, blandos, tibios, húmedos, labios vegetales que convidan a la caricia y al beso.

Se habla con animación en los mismos sitios en que ayer tuvieron lugar los mítines. "¡Qué bien y qué pronto se arregla todo cuando no interviene para nada la Autoridad!," se dice en las conversaciones. Los corazones laten con violencia. Gumersindo no tiene punto de reposo: activísimo, recorre todas las secciones en un automóvil expropiado, propiedad ahora de la comunidad, y su actuación es necesarísima, porque unifica las resoluciones que se toman en cada sección de la ciudad. No abandona la guadaña, que, atada en la parte delantera del automóvil, da prestigio y lustre a aquella máquina ayer aristocrática. El sarape en el hombro del campesino es garantía de su modestia y de su interés.

*
* *

Ahora ya sabe cuántos habitantes tiene la ciudad y qué cantidad de efectos manufacturados de toda clase hay en existencia. Se calcula con rapidez, a pesar de no encontrarse un matemático a la mano, el tiempo que podrán durar las existencias, cálculo necesario para regular la producción. Centenares de manos obreras trazan cifras con lápices expropiados. En pocos minutos aquellos hombres del martillo, de la pala, del escoplo y del cincel dicen que, habiendo tantos habitantes, se necesita tanto de alimentos para su subsistencia diaria, y que, encontrándose tal cantidad de artículos alimenticios, la población entera podrá subsistir tanto tiempo.

Todos quedan satisfechos. "¡Caramba, esto va bien!," dicen. Ya no se escucha una sola murmuración; "de veras que, para arreglar las cosas, no hay otros que los anarquistas," añaden, y los vivas a la Anarquía atruenan el espacio, en ovaciones justísimas que al fin recibe el ideal sagrado. Ramón, el peón ferroviario, llorando de emoción y agitando por lo alto un cuadernito encuadernado en rojo, dice con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Este es nuestro maestro!

Es el Manifiesto de 23 de septiembre de 1911, expedido por la Junta Organizadora del Partido Liberal mexicano.

*
* *

Ramón está espléndido. Su rostro cuadrado, que parece haber sido tallado a hachazos en el palo más duro, despide luz, como el de todo héroe. El héroe no es un dios, pues los anarquistas no tenemos dioses; pero es un sér que por sus actos se eleva sobre nosotros como un ejemplo, como una grande y saludable enseñanza, y quiéralo uno o no lo quiera admitir, resplandece como un sol.

Ramón explica la necesidad que hay, en vista de los datos suministrados, de que todos los trabajadores de una misma industria se congreguen para que se pongan de acuerdo en la organización del trabajo concerniente a su industria, y una vez obtenido ese acuerdo, que delegados de los trabajadores de todas las industrias se pongan de acuerdo también para producir lo que necesite la población. Todos aprueban la idea, y este acuerdo es dado a conocer por Gumersindo a las asambleas de las diferentes secciones de la ciudad, las que reciben la idea con grandes muestras de entusiasmo. Una era de prosperidad y de progreso se abre al frente de la ciudad redimida. En lo de adelante la producción se ajustará a las necesidades de la población, ya no para enriquecer a unos cuantos bandidos.

*

* *

Voluntarios de diversos oficios han concluído la construcción de vastos galerones en distintos sitios de las varias secciones en que se ha dividido la ciudad, y otros voluntarios han acarreado a dichos galerones los efectos que todavía se encontraban en gran cantidad en las tiendas, bodegas y otros depósitos, efectos que, clasificados cuidadosamente, han sido distribuídos en los departamentos hechos expresamente para contenerlos, y de donde van a tomarlos los que los necesitan. En esos galerones serán depositados los efectos que produzcan las diversas industrias.

*

* *

Los compañeros del grupo "Los Iguales" no descansan. ¡Qué enorme tarea la suya! ¡Qué colosales responsabilidades los aplastarán si el nuevo orden de cosas llegara a fracasar! Pero trabajan con gran fe en el éxito; con la fe intensa que nace de una convicción profunda. Sin embargo, algunos detalles les preocupan. La ciudad no puede pasarla sin el trabajo

del campo. Se necesita que el campesino dé al trabajador lo que éste necesita para comer, así como la materia prima para la industria: algodón, ixtle, lana, madera y otras muchas cosas; en cambio, el campesino tendrá derecho a tomar de los almacenes de la ciudad todo lo que necesite: ropa, artículos alimenticios elaborados o manufacturados, muebles, maquinaria y utensilios para el trabajo; en una palabra, todo lo que necesite. Las industrias metalúrgicas necesitan que el minero coopere con metales, obteniendo, en cambio, como su hermano el campesino, todo lo que necesite.

—¡Sí —grita Ramón entusiasmado—, necesitamos la cooperación del campesino, del minero, del trabajador de las canteras, de todos los que trabajan fuera de la ciudad, y la obtendremos!

Una nube de comisionados voluntarios se esparce por la región conquistada con las armas por los trabajadores, para invitar a sus hermanos a que cooperen de la manera que se ha dicho antes en la grande obra de la producción social. Todos aceptan con entusiasmo, y prometen enviar a la ciudad lo que ellos producen, en cambio de lo que producen los de la ciudad.

*

* *

La sociedad anarquista es un hecho ya. Todos trabajan, todos producen según sus fuerzas y aptitudes, y consumen según sus necesidades. Los ancianos y los inválidos no trabajan. Todos viven contentos, porque se sienten libres. Nadie manda ni nadie obedece. En los trabajos reina la mejor armonía entre todos, sin capataces, sin amos. El tráfico de tranvías, de ferrocarriles, de automóviles, de carros es grandísimo, como que todos ya tienen derecho a transportarse a su antojo de un lugar a otro.

*

* *

Unos cinco o seis días han bastado para obtener tan risueño resultado. Por fin se regenera la huma-

nidad por la adopción de los principios del comunismo anarquista. No se necesita decir el estado de ánimo en que se encuentran Gumersindo y Ramón al contemplar, emocionados, la hermosa obra en que tanto intervinieron. Desde la colina cercana, adonde fueron por vía de paseo, ven con ojos humedecidos por la emoción la ciudad tranquila, la ciudad de la paz, la ciuadd de los fraternos. Hasta ellos llega el rumor de la respiración de la inmensa urbe; ya no es la respiración de la fatiga ni el estertor de la agonía de una población de esclavos, sino la amplia, honda, sana respiración de una ciudad de seres libres y felices.

(De "Regeneración," del número 212, fechado el 13 de noviembre de 1915.)

EL DESPERTAR DE UN CEREBRO

—¿Qué te pasa, Nicanor?—dice Petra alarmada al ver entrar a su marido, pálido, con los brazos caídos, arrastrando apenas los pies, encorvadas las espaldas, el sarape deslizándose de sus hombros.

Nicanor no responde; pero sus ojos hermosos fulguran como dos brasas en la penumbra del cuarto. Petra, discreta, guarda silencio; mas el temblor de sus labios denuncia gran inquietud. "¿Qué podrá ser?," se pregunta la linda muchacha, y sus pestañas se entornan como un fleco de seda que quisiera ocultar dos estrellas.

Un silencio angustioso reina en el cuarto, al que añade amargura ese sonido peculiar que produce un líquido, como queja, como lamento, cuando está próximo a entrar en ebullición. El sonido proviene de una olla de barro en que se cuecen los frijoles.

Nicanor había estado con el amo aquella tarde para ver si al fin lograba que le pagase lo que le correspondía por un mes que había prestado sus servicios en la hacienda. El amo estaba borracho, y le había dicho lo de siempre: "Dile a tu mujer que ella venga a cobrarme por ti." El malhumor de Nicanor es visible. A la luz de los tizones contempla a su Petra con amargura: "¡Qué gran desgracia es para el pobre el tener mujer bonita!," piensa. No le queda otro recurso que huir de la hacienda, como si hubiera cometido un delito, como si tuviera que esconderse de los hombres para que no lo señalen con el dedo por sus malas acciones. Y al pensar en todo esto, siente que algo se sacude en el fondo de su sér, e instintivamente palpa por encima de los calzones blancos la aguda hoja de su puñal..... Tiene que huir

de la hacienda, él lo sabe muy bien, si no quiere tener la misma suerte que Abundio, a quien fusiló la Acordada por un caso parecido al suyo, o la de Torcuato que, por lo mismo, se encuentra en el 5.º batallón de infantería, o bien la de Toribio, que se pudre en la prisión por un caso igual, y la de tantos otros nobles trabajadores que no supieron otra cosa, mientras tuvieron vida o permanecieron "libres," que regar todos los días con su sudor el surco.

—Petra, ¡huyamos!—dice al fin con una entonación de voz más parecida a la de un culpable que a la de un inocente.

Petra se estremece. "¡Tal vez acaba de cometer un delito!," piensa. Pero, discreta por excelencia, se abstiene de hacer la pregunta más ligera. ¿Nicanor aconsejaba huir? Pues Nicanor debía tener sus razones, porque no había, en veinte leguas a la redonda, mozo tan inteligente y tan concienzudo como Nicanor.

Diez minutos después dos figuras humanas, una de hombre, de mujer la otra, se pierden en las tinieblas, en marcha hacia lo desconocido. No hubo necesidad de grandes preparativos de viaje: un petate y una cobija. ¡Este es el equipaje de los productores de la riqueza social!

*

* *

Amanece. Tlalnepantla está a la vista con su caserío monótono. Nuestros viajeros han caminado toda la noche, el oído atento para notar si les persiguen. La aurora besa las nubes, las casas, los árboles y las montañas, y con cada beso deja una rosa. Los pajarillos suspenden su gorjeo matutino para atisbar, desde las ramas de los sauces del camino, a la pareja que pasa. ¡Es tan linda la pareja! ¡Qué dicha el verse libres de esta cárcel grande que se llama hacienda! Y si los pajarillos enmudecen para dar rienda a su curiosidad, nuestros amigos entonan ese himno robusto a la Naturaleza, rimado con suspiros, con besos, con latidos de corazones henchidos de pasión. ¡Qué amable se ofrece la Vida a nuestros dos jóvenes proletarios!

Una voz aguardentosa que resuena detrás de ellos desbarata su idilio, como una mano brutal que despoja de sus pétalos a una flor. ¡Es un gendarme!

—¡Deténganse, pelados! ¿De dónde vienen? ¿A dónde van? ¿Quiénes son ustedes? ¿Quién los conoce?

Ninguna respuesta satisface al guardián del "orden," al protector de los intereses de la sociedad burguesa. Nuestros amigos son internados en la cárcel acusados de vagancia, y condenados, él, a los trabajos del terraplén del camino que conduce a la ciudad de México; ella, a moler maíz en las "arrecogidas."

*

* *

Diez meses después encontramos a nuestros amigos en la ciudad de México. Es el 21 de noviembre de 1910. Por la ciudad circulan los rumores más estupendos. La Revolución había estallado el día anterior y se refieren actos asombrosos llevados a cabo por los rebeldes. La gentecilla oficial muestra caras alargadas, presintiendo el quebrantamiento de su poder y de su influencia. Los hombres del pueblo disimulan sus sentimientos —muy contrarios, por lo demás, de los que animan a la gentecilla burocrática— por temor de la ley fuga o del cuartel.

—Petra —dice Nicanor conmovido, como que la resolución es solemne—, yo me marcho a la Revolución. Y volviendo el rostro para el lado opuesto, se enjuga dos lágrimas que le queman las mejillas.

Y no es que Nicanor sea cobarde, que muestras ha dado más de una vez de una hombría reconocida en todas partes; pero irse a la Revolución es separarse de su Petra, de su amor, y cuando su espíritu, atormentado, se ahogue en las tinieblas de la angustia, ya no tendrá aquellos dos soles que lo empapen de luz, los ojos de Petra, ni cuando su corazón oprimido reclame un alivio recibirá el consuelo de una sonrisa, bella como la luz de la aurora, blanda como la seda de un pétalo de flor.

* *

Nicanor ha luchado como bravo, no desmintiendo su fama de mozo valiente y audaz.

El peleó, como tantos otros, en la creencia de que hay hombres buenos, abnegados, que una vez en la Presidencia de la República pueden hacer la felicidad del pueblo; pero Madero en el Poder es un tirano como cualquier otro gobernante. Subsiste el mismo mal que hizo que Nicanor se lanzara a la Revolución: la miseria y la tiranía.

Nicanor está sombrío. En su cerebro tiene lugar un desquiciamiento, un cataclismo. El creía en la democracia. Creía que con la boleta electoral se podía obtener un gobierno que diera Tierra y Libertad. El chasco ha sido superior, y la ilusión se desvanece como el oro de las alas de una mariposa. Nicanor medita, y en su sencillez comprende que ha cometido un error. Pero ¿en qué ha estado el mal? Esto es lo que le atormenta. El creía que por medio de un decreto la tierra quedaría en poder del pueblo, y hasta dió más de un mojicón a los que le decían que la tierra y toda la riqueza social debía ser tomada por la fuerza. ¡Cuánto se avergüenza ahora de su impulsivismo!

*

* *

—¡Ahí está el mal! —dice a Petra conmovido—, en haber creído que otro puede dar lo que debemos tomar con nuestras propias manos. Henos aquí tan pobres y tan desamparados como antes, expuestos a toda clase de atropellos de parte de los fuertes, pues me he llegado a convencer de que la Autoridad no hace justicia al débil.

Estas reflexiones hace Nicanor sentado al lado de Petra en una banca del Zócalo, frente al Palacio Nacional. Los chamacos papeleros pasan y repasan ofreciendo la prensa burguesa; un hombre, en otra banca, está entregado a una lucha formal con los piojos; el sol hace hervir la sangre en las arterias. Un gendarme se acerca; Nicanor presiente un atropello.

—¡Ven acá, pelado sinvergüenza, te voy a dar un trabajito!—le dice el tecolote.

Momentos después se ve a Nicanor atravesando las calles de la ciudad con un borracho a cuestas, camino de la demarcación de policía. Excusado es decir que nada se le paga por ese trabajo, pues el pobre está condenado a prestar gratuitamente sus servicios a la señora Autoridad.

*

* *

Pasan los años. La ciudad se encuentra bajo el dominio carrancista. En los Estados del Sur operan las fuerzas expropiadoras de Zapata y de Salgado; en el Nordeste del territorio mexicano y a lo largo de la costa occidental operan las columnas villistas. Carranza no ha podido exterminar esos movimientos, y en todo el país germina la semilla anarquista sembrada por el Partido Liberal mexicano. Con el carrancismo todo se ha ganado, menos el derecho de vivir; en el territorio controlado por sus fuerzas, masas hambrientas y desnudas hablan muy alto en contra de un movimiento que, por radical que sea, tenga como base el derecho de propiedad privada y el principio de Autoridad.

Nicanor quiere trabajar, está dispuesto a trabajar para lograr su subsistencia y la de su linda compañera; pero no hay trabajo. Las máquinas y todas las industrias siguen siendo propiedad de la burguesía. Petra está enferma, y no puede levantarse del petate. Nicanor, a su lado, en cuclillas, medita tristemente. Petra se agota por momentos. De vez en cuando abre los párpados, y parece entonces que la obscura covacha se inunda de luz: son los últimos fulgores de dos estrellas que se apagan.... Nicanor siente que una mano de hierro le oprime el corazón, y a pesar de los esfuerzos que hace para contener el llanto, las lágrimas se deslizan a lo largo de sus mejillas

Petra lo advierte y, sonriendo con sus labios, pálidos como dos violetas moribundas, dice con dulzura:

—No te aflijas, bien mío, que pronto seré libre. La muerte: esa es la libertad de los pobres, porque nadie nos manda, ni a nadie tenemos que obedecer.

Nicanor la acaricia dulcemente. No hay en el cuarto ni un pedazo de tortilla ni un grano de frijol.

*

* *

—¡Tan, tan, tan!— llaman a la puerta.

Nicanor y Petra se miran con sobresalto. ¿Quién podrá ser? Y sus corazones se oprimen angustiados presintiendo una desgracia. Es el escribano público que, custodiado por varios gendarmes, trae la orden del juez que manda poner en la calle a nuestros infortunados amigos por no haber pagado la renta de la covacha durante tres meses. No valen razones. ¿Que la mujer está moribunda? ¡Tanto peor para ella! —dice el escribano— y ordena a los esbirros que en peso la pongan en la calle. La orden es obedecida con ese placer malsano de los malos corazones que sienten alegría ante el dolor humano. Entre dos toman el petate y la mujer, y como si se tratase de un fardo, tiran la carga a media calle. Nicanor se arroja sobre su adorada Petra gritando:

—¡Petra! ¡Petra! ¡Petra!

Todo llamado es en vano; Petra ha muerto, Petra ya es libre.......

*

* *

Nicanor está sentado en una banca del Zócalo, con su sarape en el hombro y sus penas en el pecho. ¿Qué forma del recuerdo del sér amado es más exquisita que el suspiro.....? ¡Pobre de su Petra! ¡muerta como un perro! Y en lo más hondo de su sér se agita algo que le hace acariciar el agudo puñal por encima del calzón blanco. "¿Qué valemos los pobres bajo cualquier Gobierno?," se pregunta con amargura, y su cerebro se entrega a las profundas reflexiones. "Todo Gobierno es malo, piensa, porque por su propia naturaleza no puede ser bueno sino para aquellos que tienen intereses que perder, y para ellos son todos los cuidados, todas las atenciones, por lo que me he convencido de que el Gobierno es simplemente el guardián de los ricos, el que cuida que no caigan de las manos de los burgueses las riquezas que los pobres producimos. ¡Muera todo Gobierno!"

El cerebro de Nicanor ha despertado.

(De "Regeneración," del número 213, fechado el 20 de noviembre de 1915.)

INDICE

	Págs.
Una Hermosa Semilla del Sembrador de Ideales	5
A Manera de Prólogo	9
El Apóstol	15
La Esclavitud Voluntaria	18
¡Bah; un Borracho!	22
Expropiación	27
Una Catástrofe	33
¿Para qué Sirve la Autoridad?	38
¡Viva Tierra y Libertad!	43
El Sueño de Pedro	47
Por Tierra y Libertad	52
¿Para qué Sirve la Autoridad?	57
Una Muerte sin Gloria	61
El Triunfo de la Revolución Social	65
La Libertad Burguesa	73
Vida Nueva	81
El Despertar de un Cerebro	91

PUBLICACIONES DEL GRUPO CULTURAL "RICARDO FLORES MAGON"

Por la libertad de Ricardo Flores Magón y compañeros presos en Estados Unidos del Norte

CONTIENE:

El manifiesto que motivó la prisión de Ricardo Flores Magón y de Librado Rivera, habiendo sido condenado el primero a 20 años de prisión y el segundo a 15 años y multa de 5,000 dólares.

Exposición de la política maquiavélica de Porfirio Díaz en connivencia con el Gobierno yanqui para perseguir y encarcelar a la Junta Revolucionaria y a sus simpatizadores. Nuevas persecuciones y encarcelamientos de la Junta por intrigas de los gobiernos de Madero y de Carranza.

El pretexto o causa legal, según las autoridades yanquis, para perseguir, condenar, infamar y castigar, por delitos SOCIALES, y la indigna cuanto ridícula pretensión del Procurador General norteamericano, pidiendo que se arrepientan e imploren perdón los prisioneros.

Cartas y artículos reveladores del alto ideal de justicia que defienden los prisioneros y motivos por que rechazan las pretensiones del Procurador General.

Fraternal llamamiento de Enrique Flores Magón a los trabajadores para que contribuyan a la liberación de los compañeros presos, los cuales se hallan seriamente amenazados en su salud. Precio: $0.50.

VERDUGOS Y VICTIMAS

Drama revolucionario, en cuatro actos y en prosa, por Ricardo Flores Magón.

Segunda edición.

Precio: edición especial, $0.50; edición popular, $0.30.

VIDA NUEVA (Agotada)

Historietas y Diálogos relacionados con las condiciones sociales de México, por Ricardo Flores Magón. Precio: $0.20.

NUMENES REBELDES

Bello libro de orientación libertaria, con artículos de Praxedis G. Guerrero y Ricardo Flores Magón, escritos en florido lenguaje y sencilla y amena forma, y una relación histórica del movimiento económico social mexicano, por William C. Owen.

Su literatura, disertaciones filosóficas, sentencias y los cuadros de la vida real del proletariado, pintados por la mano maestra del malogrado Guerrero, dan el colorido perfecto a esta obra.

Las producciones de Praxedis G. Guerrero, proletario de aristócrata abolengo, dignas son de figurar junto a las del príncipe Kropotkine y otros escritores anarquistas de igual valía.

La obra que Praxedis G. Guerrero legara al proletario es, más que una historia, un gran ejemplo que debemos imitar y una noble enseñanza que debemos aprovechar. Precio: $1.00.

ABRIENDO SURCO

Historietas relacionadas con las condiciones sociales de México, por Ricardo Flores Magón. Precio: $0.15.

SEMILLA LIBERTARIA

Los tomos I y II, publicados hasta hoy y relacionados con la serie "Ricardo Flores Magón: Vida y Obra," son una hermosa recopilación de artículos de orientación libertaria. Con objeto de facilitar su adquisición a todos los camaradas de ideas revolucionarias, sólo se venderán al precio de $0.50 tomo.

En preparación:

Conclusión de la serie "Ricardo Flores Magón: Vida y Obra;" "Manifiesto Anarquista," por Pierre Ramus, y otras obras igualmente ácratas.

Todo pedido, acompañado de su importe, diríjase a nombre de N. T. BERNAL, Apartado postal número 1563, México, D. F.

PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL "ARGONAUTA"

¿SOVIET O DICTADURA? (El gran dilema de la Revolución Rusa), por Rodolfo Rocker, Pedro Kropotkine, etc. 1920. Un volumen de 32 páginas.	$ 0.20
HACIA UNA SOCIEDAD DE PRODUCTORES (Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia). 1921. Un volumen de 80 páginas.	0.50
PAGINAS DE LUCHA COTIDIANA, por Enrique Malatesta. Precedidas por un escrito de Luis Fabbri sobre Enrique Malatesta: cincuenta años de agitaciones revolucionarias, y seguidas por un escrito de Rodolfo Rocker sobre "Una jornada en la vida de Malatesta." 1921. Un volumen de 160 páginas. Edición popular.	1.00
Edición especial.	1.50
LA CRISIS DEL ANARQUISMO, por Luis Fabbri. 1921. Un volumen de 32 páginas.	0.20
BOLSHEVISMO Y ANARQUISMO, por Rodolfo Rocker. Segunda edición. 1922. Un volumen de 68 páginas.	0.20
ARTISTAS Y REBELDES (Escritos literarios y sociales), por Rodolfo Rocker. Traducción de Salomón Resnick. 1921. Un volumen de 122 páginas. Edición popular.	1.80
Edición especial.	2.50
DICTADURA Y REVOLUCION, por Luis Fabbri, con prólogo de Enrique Malatesta. Un volumen de 400 páginas. Edición popular.	1.80
Edición especial. (Libro de reciente publicación.)	2.50

En preparación:

LA NUEVA CREACION DE LA SOCIEDAD POR EL COMUNISMO ANARQUICO, por Pierre Ramus. Traducción del alemán por Diego Abad de Santillán.

Pedidos a JOSE M. FERNANDEZ, Casilla de correos 1930, Buenos Aires, Argentina, o a N. T. BERNAL, Apartado postal 1563, México, D. F.

PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL "LA PROTESTA"

LOS ANARQUISTAS, por César Lombroso y Ricardo Mella. Estudio y réplica. Un volumen...... $ 1.00

MI COMUNISMO (Felicidad Universal), por Sebastián Faure. Un volumen en rústica.......... 2.00

Encuadernado en tela........................ 3.50

TEMAS SUBVERSIVOS, por Sebastián Faure (Do-

... 0.15

E...

... 0.50

... 1.50

A...

... 0.15

C...

... 0.50

L...

... 0.30

O...

B... 1537,

pe... artado

DATE DUE

INTERLIBRARY LOAN

DEMCO 38 297

TULANE UNIVERSITY LIBRARY

COMPAÑERO:

Si deseas conocer las últimas producciones de los escritores revolucionarios más prestigiados y floridos, dirígite al

Grupo Cultural

"RICARDO FLORES MAGON."

Apartado Postal 1563, México, D. F.,

y serás atendido inmediatamente.

R01028 274

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 075995776